
El ENIGMA COSMICO
PROFESOR HASLEY.
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO
JOSE LUIS


Profesor Hasley
EL ENIGMA COSMICO
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PERSONAJES

Alfred G. *Dawson.*—Protagonista masculino. Teniente de la Policía de Chicago.

Katherine.— Protagonista femenina. Secretaria de Robert.

Profesor Obermeyer. — Jefe de Astronomía de la

Profesor Panther.— Jefe de Física de la *Operación Vida.*

Profesor Obermeyer. — Jefe de Astronomía de la *Operación Vida.*

General Widmark.—Jefe de Seguridad de la *Operación Vida.*

Profesor Motta.—Jefe de la Base en Mercurio.

PRINTED IN SPAIN



CAPITULO PRIMERO

LA Sección Americana del Alto Estado Mayor de Defensa y Protección de la Tierra, se encontraba representada por la mayor parte de sus miembros en la cabina receptora de mensajes. El más vivo asombro se pintaba en la cara de todos ellos.

—Sí, mi general —decía el encargado de esta cabina—, la llamada se está haciendo desde hace tres minutos.

En efecto, sobre la pantalla descifradora se sucedía, sin interrupción casi, la señal de alarma. Raya roja, punto azul. Cada dos segundos volvía a reproducirse.

—Es evidente que se trata de la Posición Escondite —dijo el coronel Ronald, encargado del transporte de fuerzas.

—No comprendo —repuso el general— qué puede suceder en la Posición Escondite. De cualquier manera tomaremos las medidas que sean necesarias.

De pronto, el Mayor General Witaker K. Aslop lanzó un grito.

—¡Miren, miren ustedes!

En la pantalla traductora habían aparecido unas nuevas señales. A la raya roja, punto azul, sucedía raya roja, punto rojo.

—Es el mensaje universal de alarma —dijo el coronel Aloubay Charlton.

—Es preciso enviar rápidamente fuerzas a la Posición Escondite —ordenó a gritos el general Raymond.

El coronel Ronald salió inmediatamente para disponer el envío aéreo-transportado de fuerzas. Torios los hombres allí reunidos estaban pendientes de aquella señal. De pronto desapareció la señal y comenzaron a aparecer en la pantalla unas palabras.

—En este momento —dijo el encargado de control— la pantalla traduce el mensaje taqui-radar que mandan desde la Posición Escondite.

En la pantalla se iban perfilando las letras.

—¡Aquí, Posición Escondite! ¡Aquí, Posición Escondite! ¡Al habla el comandante jefe de la Posición! ¡He enviado la señal universal de alarma! ¡La Posición Escondite atraviesa un momento de gran peligro! ¡Atención! ¡Aquí Posición Escondite! ¡He enviado la señal universal de alarma! ¡Es preciso que envíen fuerzas...!

Luego, se interrumpe el mensaje. La señal roja, punto rojo, iba apareciendo de una manera intermitente en la pantalla. Los hombres del Estado Mayor se miraron confusos.

—Es extraordinario que hayan enviado la seña de alarma universal. Todos los países de la Tierra han recibido el mensaje —dijo el general Witaker G. Aslop.

—Eso no quiere decir más que una cosa, señores —contestó el general Raymond—. La Posición Escondite no habría lanzado ese mensaje si no estuviera en trance de perecer destruida.

—¿Pero cómo es posible? —terció Aloubay Charlton—. Sólo en caso de un ataque decidido y firme contra la Posición debía enviarse esa señal. ¿Quién puede haber sido?

—Esto es casa que no podemos saber de momento —dijo el general Raymond.

Después, dirigiéndose al jefe de emisiones, dijo:

—Envíe mensaje a la Posición Escondite. Rápidamente enviamos refuerzos y que expliquen lo que sucede.

El encargado de emisiones dispuso los aparatos pertinentes y comenzó a lanzar el mensaje ordenado por el general Raymond. Pasaron unos segundos de angustia.

—No contestan, mi general —dijo el encargado de la emisora.

—Insista usted otra vez.

Volvióse de nuevo a emitir la señal y lanzó el mensaje. Al cabo de unos segundos se miraron todas con un gesto de desaliento.

—Parece que no contestan. No creo —dijo el coronel Ronald— que haya sucedido nada irreparable.

—De cualquier manera es preciso que cerquemos la Posición Escondite —dijo el general Raymond y nos lancemos al ataque contra cualquier eventual enemigo que pueda haber.

Mientras esta escena se sucedía en el cuartel general de Washington, en la Posición Escondite, en un lugar recóndito del desierto de Arizona, sucedía un hecho verdaderamente insólito. El coronel Benson, jefe de información de la Posición, intentaba inútilmente poner de nuevo en marcha los aparatos de emisión.

—¡Mi coronel —dijo uno de sus ayudantes— creo que no vamos a poder conseguir nada. Los aparatos de control indican que nuestro sistema de comunicaciones ha sido destruido.

—¡No es posible! —respondió el coronel Benson—. ¿Quién demonio puede haber atacado? Hace miles de años que no hay guerras, todos los países obramos al unísono y la operación que se nos tiene encomendada concierne a todos los humanos. No comprendo. ¿Ha comprobado usted los distintos aparatos que pueden dar referencia de cualquier cataclismo sísmico o algo parecido?

—Sí, acabo de comprobarlos y no se ha producido ningún terremoto ni ninguna tormenta atmosférica que pudiera ser registrado por nuestros aparatos. Es más, mi coronel, en este momento observo que nuestros aparatos dejan de funcionar.

Unos segundos después, entraba el coronel Hutchinson jefe de personal de la Posición Escondite.

—Coronel Benson.

—Diga, coronel Hutchinson.

—Sucede algo extraordinario. Los hombres están muriendo.

—Pero ¿qué me dice? ¿Qué sucede?

—No lo sé. Cada uno muere en su sitio sin que se oiga disparar arma alguna.

Do pronto, el coronel Hutchinson empezó a sudar de una manera alarmante.

—¿Se encuentra usted mal, coronel Hutchinson?

—Sí, parece que no me encuentro bien.

Un segundo más tarde, se desplomaba en el suelo. Benson se abalanzó sobre él al objeto de incorporarlo, pero un extraño mal se apoderaba de él y, poco a poco, cayó desvanecido hasta quedar sin vida.

Mientras tanto, en la superficie, densas columnas de vapor se elevaban al cielo. Un chirrido tenebroso invadió aquella parte solitaria del desierto de Arizona, debajo del cual se había construido la ciudad más secreta del mundo, ciudad que sólo los Altos Estados Mayores conocían bajo el nombre de Posición Escondite.

La tierra fue agrietándose y las rocas se calcinaban. De una gran gruta surgió un inmenso bloque de acero, correspondiente a uno de los edificios de la ciudad subterránea. Unos minutos después, este bloque de acero se fundía, so retorcía, quedaba resquebrajado y roto como si se hubiera tratado de una materia menos dura. Como a impulsos de una fuerza titánica que empujara desde el interior de la tierra, poco a poco fue emergiendo la Posición Escondite, con sus largas hileras de bloques de acero entre los cuales había estrechos pasadizos como pequeñas calles. Del interior de estos bloques salían seres despavoridos que morían en el acto sobre el mismo suelo que acababan de pisar. Algunos de los bloques resquebrajadas y abiertos, mostraban su interior lleno de habitaciones y aparatos. Los hombres y los instrumentos quedaban retorcidos y exánimes. Más tarde, todo era desolación y muerte en aquel paraje.

* * *

El Comandante Jefe de la Primera Flota Aérea, miró a su ayudante.

—¿Ve usted, capitán? Parece que nos acerquemos a la Posición Escondite.

—Sí, así es, mi comandante. ¡Pero aquello parece algo monstruoso!

—En efecto, capitán. Creo que ha debido suceder algo importante en pocos minutos.

Un panorama de desolación y muerte lo invadía todo. El comandante transmitió una orden a la Flota.

—Desplegamos en orden de combate. Estén atentos y vigilen todas las direcciones.

Lentamente los aparatos comenzaron a evolucionar en orden abierto de combate. Extendieron un gran círculo de protección alrededor de la Posición Escondite. Otearon con mirada angustiada, mas todo era inútil, no se veía ningún posible enemigo. Todo había vuelto al silencio normal del desierto de Arizona, pero este silencio ahora se encontraba acrecentado por la gran tragedia que podía observarse debajo de los aparatos de protección enviados por el Alto Estado Mayor.

CAPITULO II

EN los momentos en que sucedía lo narrado en el capítulo anterior, el teniente Alfred G. Dawson, de la Policía de Chicago, miraba con ojos pensativos al hombre que estaba muerto a sus pies. Unos minutos antes se había recibido el encargo por parte del sub-inspector general de la Policía, de realizar aquel servicio.

—Dígame, sargento Conolly, ¿cómo va el asunto?

—Nada, mi teniente. Íbamos de patrulla cuando nuestros reflectores iluminaron esta zona y al ver un hombre en el suelo, nos detuvimos, nos acercamos y vimos que estaba muerto. Entonces comunicamos por tele-radar con la Jefatura Superior y nos dijeron que vendría usted. Eso ha sido todo.

—¿No han encontrado nada que pueda servir de indicio oportuno?

—Nada, señor. He registrado los bolsillos del cadáver y tampoco llevaba ningún documento ni objeto que pudiera identificarlo.

El teniente Alfred lanzó una mirada a los alrededores.

—Bien, no creo que tenga más importancia. Tal vez haya sido un ataque cerebral. Cuando venga el forense dígale, sargento, que me envíe el informe a la Jefatura.

—Así lo haré, mi teniente.

Alfred G. Dawson se volvió hacia su ayudante Dick Simpson y le ordenó:

—Vámonos, Dick, creo que esto está resuelto. Pasaremos el informe dentro de unos minutos al sub-inspector general.

Con paso lento se dirigieron hacia la esfera ciclo-magnética, que les esperaba para volver al Cuartel General de la Policía de Chicago. Habían lanzado ya la señal por medio del aparato emisor de pulsera para que la torre de control general remitiera la esfera ciclo-magnética a su base, cuando oyeron unas voces.

—¡Sargento Conolly! ¡Sargento Conolly!

Alfred y Dick se volvieron.

—¿Qué sucede, sargento?

—No lo sé —respondió éste—. Es uno de mis hombres.

—¿Qué hay, Fred? ¿Qué sucede? ¿Qué voces son esas?

—¡Venga, sargento, venga! ¡He descubierto una cosa!

—¿Una cosa? ¿Por qué no la trae?

—No puedo. Pesa demasiado

Alfred y Dick volvieron sobre sus pasos y siguieron al grupo

formado por el sargento Conolly, Fred y dos hombres más.

—Bueno, vamos a ver qué es eso —dijo el sargento.

Todos juntos se dirigieron en la dirección indicada por Fred. Este intentaba explicar confusamente lo que acababa de encontrar. Después que hubieron andado unos doscientos pasos, Fred señaló una gran roca que se encontraba a orillas del lago.

—Es ahí, detrás de esa roca.

En pocas zancadas recorrieron el camino que faltaba y al dar la vuelta a la roca, todos vieron con asombro el objeto que había sido hallado por Fred.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? —preguntó Dick—. Parece una estatua.

En efecto, en el suelo estaba la estatua de un hombre. Un hombre de proporciones musculosas, algo más alto que lo común de los seres de la Tierra. Alfred se arrodilló junto a ella. Después de observarla unos segundos se levantó con un gesto de extrañeza en los ojos.

—¿Qué le parece a usted, mi teniente? —dijo el sargento Conolly.

—Si no lo viera, no lo creería. Es asombrosa la perfección con que esta estatua reproduce a su modelo. No comprendo como haya hombre en el mundo capaz de esculpir una estatua de este tipo.

Dick y el sargento Conolly se arrodillaron también para observar más detenidamente aquella obra. En efecto, cada uno de los cabellos, de las cejas o del pelo, cada una de las pequeñas arrugas de la cara, estaban perfectamente cinceladas. Era una obra de infinita paciencia y dificilísima técnica. Era sorprendente que un ser humano hubiera esculpido una estatua de este tipo y más sorprendente todavía que la hubiera abandonado en aquel lugar. Tanto al tacto como a la vista, la estatua parecía de plata. De pronto el teniente Alfred se quedó perplejo.

—Oye, Dick. Mira y fíjate en las ropas de esa estatua.

—No sé qué quiere decirme.

—Fíjate. Está caída sobre el lado izquierdo y las piedras del suelo están perfectamente amoldadas a las arrugas de la ropa. Observa también el brazo ese que descansa sobre la pared de la roca.

Realmente era sorprendente. Parecía como si se hubiera fundido sobre aquel mismo sitio, tan perfectamente se adaptaba a las irregularidades del suelo como a las irregularidades de la roca. Alfred se aproximó más y observó con cuidado los dedos que descansaban sobre la pared.

—Mira, Dick, hasta las yemas de los dedos están aplastadas según la tendencia de las diferentes irregularidades de la piedra.

—No comprendo nada —dijo el sargento Conolly—. Parece como si se hubiera hecho para ocupar la posición que ocupa, teniendo en cuenta el suelo y la roca misma.

—Eso es lo asombroso, sargento —respondió Alfred—. Realmente no sé qué pensar.

—Parece ser —dijo Conolly— que se trata de plata maciza.

De pronto, uno de los hombres del sargento Conolly, lanzó una exclamación.

— ¡Caramba! ¡Vean ustedes!

—¿De qué se trata? —preguntó Alfred.

—Son huellas, huellas de pisadas.

En efecto, una larga hilera de huellas se dirigían desde el lugar en que se encontrara el cadáver hasta el sitio en que reposaba la estatua.

—Quizá esto lo explique todo —repuso Conolly—. Debe haber sido transportada desde un lugar próximo al cadáver hasta aquí y esas deben ser las huellas de quien hizo el trabajo.

—No, sargento —dijo Alfred que había estado observando. Dudo que haya ningún hombre, al menos de proporciones normales, que pueda transportar por su propio esfuerzo un peso tan grande y, de haberlo hecho, las huellas hubieran sido más profundas. ¿Hay alguien que tenga una cinta o algo semejante? —preguntó.

Todos se miraron en silencio.

—¿Le es igual un pañuelo? —preguntó uno de los hombres de Conolly.

—Sí.

Alfred midió con el pañuelo cuidadosamente una de las huellas. Luego se levantó y ante la mirada atónita de los demás, se arrodilló junto a la estatua para realizar la misma operación. Un segundo después se levantaba con una mirada de asombro.

Dick fue el primero en reaccionar.

—No querrá usted decir que la estatua ha venido por su pie.

—Evidentemente todavía no estoy loco —dijo Alfred—. Ya sé que la estatua no pudo venir por su pie, pero la realidad es que las huellas corresponden exactamente con la longitud de los pies, claro que por otra parte no tienen la suficiente profundidad como para haber soportado el peso de la estatua.

—Me deja asombrado —dijo Conolly rascándose la cabeza—. Me parece que nos encontramos metidos en un buen misterio.

—Creo que lo mejor será que vayamos a discutir este asunto con

el sub-inspector general de la Policía —dijo Alfred.

—Sí, creo que será lo mejor.

Los dos hombres, acompañados por el sargento Conolly que dispuso una guardia permanente alrededor de la estatua y del cadáver, se dirigieron hacia la esfera ciclo-magnética. En pocos minutos se encontraron en su interior.

—¿Cuáles son sus órdenes, teniente? —preguntó Conolly en el último instante.

—Mantenga la guardia y vigilen estrechamente esta zona. Cuando venga el forense, que haga la autopsia o lo que crea oportuno y me pase inmediatamente su informe, si puede ser de palabra.

—Descuide que así se hará, teniente. , Unos segundos después, la esfera ciclo-magnética accionada por la torre de control de la Jefatura Superior de Policía, se dirigía hacia su base llevando a dos hombres profundamente sorprendidos y asombrados.

CAPITULO III

EL teniente Dawson no había podido salir aún de su perplejidad desde que recibiera la orden, una hora antes, de presentarse ante el Jefe Civil de Seguridad de los Estados Unidos. En este momento esperaba en el antedespacho, hasta que un ordenanza le diera el aviso de pasar. Su espera duró muy poco. Se abrió la puerta del despacho y un policía que hacía las veces de Secretario del Jefe Superior, le invitó a pasar con una sonrisa.

—Pase, teniente, le están esperando.

Alfred hizo un signo con la cabeza y se dirigió hacia el interior del despacho. Al fondo, detrás de una mesa, un hombre como de unos cincuenta años, de pelo blanco y penetrante mirada, le observaba mientras Alfred avanzaba hasta situarse frente a él. Durante un segundo se miraron en silencio, luego, el Jefe Superior se levantó y estrechó la mano de Alfred.

—Teniente Dawson, siéntese, se lo ruego.

Alfred obedeció al instante.

—Estará usted sorprendido —continuó el Jefe Superior de la Seguridad Civil—, pero espero aclararle alguna de las dudas que usted pueda tener, y digo alguna porque siento no poderlo hacer completamente. Le ruego que me escuche con atención y pregunte estrictamente lo indispensable.

—Estoy a sus órdenes —repuso Alfred sin saber decir otra cosa.

—Usted ha intervenido hace escasamente veinte horas en un extraño suceso.

—Realmente —contestó Alfred— es un suceso que se puede calificar de extraño.

—¿Y por qué lo cree, teniente?

—Supongo que habrá sido usted informado, señor. Fue un servicio normal y corriente. Se trataba de un hombre muerto en las orillas del lago Michigan. Cuando todo parecía demostrar que se trataba de un accidente, se encontró en las proximidades una extraña estatua al parecer de plata y quizá de plata maciza.

—¿Y qué le indujo a usted a ver algo extrañamente raro en esa estatua?

—En primer lugar, señor, la presencia de la misma en las proximidades del cadáver encontrado ya era desconcertante —continuó Alfred—. La forma de estar cincelada o fundida resultaba

mucho más sorprendente todavía.

—Parece ser —interrumpió el Jefe Supremo— que las huellas encontradas por usted correspondían a las de la estatua, ¿no es así?

—Sí, señor, además no es un pie corriente el de la estatua y por lo tanto, el de las huellas.

—¿Quiere usted decir, teniente, que no sería fácil encontrar alguien con unos pies semejantes o que acaso es imposible hallarlos?

—Tanto como imposible no creo —dijo Alfred—, pero sí extraordinariamente difícil. Los pies resultan un poco grandes para lo que es común entre nosotros.

—Bien —dijo el Jefe Supremo—, ahora va a salir usted de este despacho en comisión de servicio. No puedo revelarle hacia dónde va. Seguirá usted mis instrucciones al pie de la letra y nada más.

—Estoy a sus órdenes, señor —contestó Alfred.

El Jefe Supremo de Seguridad Civil pulsó un botón. Unos segundos más tarde, un destello en el cuadro de mando de su oficina le indicó la presencia de la persona requerida. El Jefe Supremo apretó otro botón y se abrió la puerta, pues el secretario había salido tal vez por orden expresa del Jefe en el momento que entró Alfred. Al abrirse la puerta dio acceso a un joven fornido, de aspecto desenvuelto y formas atléticas.

—Pase, capitán —dijo el Jefe Supremo.

El interpelado se adelantó hasta situarse junto a la mesa.

—¿Se conocen ustedes?

—Sí, señor —dijo el capitán—, hicimos algunos cursos juntos.

—Entonces, no es preciso que les presente.

Alfred, ante una mirada de aquiescencia del Jefe Supremo se dirigió hacia el recién venido.

—¿Qué hay? ¿Cómo estás, Chuk?

Los dos hombres se dieron la mano.

—Bien, muy bien. ¿Y tú, Alfred?

—Como siempre, en el servicio —respondió éste.

—Pues de eso creo que se trata ahora —replico» el capitán Chuk.

Pasado este momento de efusivas salutaciones, el Jefe Supremo volvió a tomar la palabra.

—Bueno, capitán, ya tiene usted las instrucciones necesarias, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—Pues cúmplalas al pie de la letra.

—Así lo haré, señor.

El Jefe Supremo apartó de sus ojos el tinte preocupado y

sombrío que había tenido durante toda la entrevista y despidió a los dos hombres con un apretón de manos y una sonrisa.

Alfred y Chuk se encaminaron con paso rápido a través de las múltiples dependencias de la Jefatura Superior, hacia el exterior. Ya cerca de la puerta de entrada, Chuk tiró de la manga de Alfred para indicarle que le siguiera por un pasillo.

—¿Puede saberse dónde vamos?

—De momento a los laboratorios de la Jefatura —respondió Chuk.

Una vez que hubieron llegado allí, Alfred pudo observar que no había nadie.

—Cada vez lo entiendo menos —murmuró en voz alta.

—Puedo asegurarte —respondió Chuk— que entiendo tan poco o quizá menos que tú.

Sobre una de las mesas del laboratorio, había una pequeña caja negra. El capitán se dirigió hacia ella y la abrió. Alfred miró con curiosidad y vio que se trataba, de unas gafas. El capitán las cogió y se las entregó.

—Toma, ponte esto.

Alfred, perplejo, hizo lo que se le indicaba, luego, no pudo contenerse.

—Verdaderamente esto me parece absurdo. Si se trata de un disfraz, esto es infantil.

—Yo no sé nada, tengo estas instrucciones y eso es todo. Vámonos, Alfred.

Los dos hombres salieron y ganaron la puerta de entrada en pocos segundos. En la calle, el capitán invitó a Alfred a subir a su automóvil. Durante unos minutos rodaron por las calles hasta que al torcer una esquina, Chuk paró su coche.

—Bueno, ¿qué sucede ahora? —preguntó Alfred.

—Tenemos que despedirnos —respondió Chuk.

—Bien, ¿pero qué instrucciones hay para mí? —preguntó Alfred extrañado.

—No tenía más órdenes que entregarte las gafas que llevas puestas y dejarte en esta calle. Eso es todo, Alfred. Espero que tengas buena suerte.

El capitán estrechó la mano de éste, puso en marcha el motor atómico de su automóvil y desapareció rápidamente. Alfred quedó perplejo y sin saber qué hacer durante unos segundos; después deambuló por aquellas calles en espera de que alguien se le acercara o de recibir instrucciones de alguna manera. De pronto, experimentó una gran sorpresa. Indudablemente estaba escuchando

algo, algo que no era una voz natural ni corriente, ni cerca ni lejos de él. Parecía como si estuviera dentro de sí mismo. La voz le aclaró la situación.

—Teniente Alfred, lleva usted un receptor para escuchar por vía ósea nuestros mensajes. El receptor va en una de las patillas de las gafas que usted lleva que son de un material especial a propósito para cumplir esa misión.

Después de unos segundos de silencio, la voz continuó:

—Diríjase usted en el sentido norte de esa calle a unos cien metros del lugar que se encuentra. Verá un automóvil, suba pronto y póngalo en marcha. Recibirá instrucciones en el camino.

Alfred miró en la dirección indicada por la emisora y vio a unos cien metros de distancia un automóvil negro. Dirigió hacia él sus pasos y cuando llegó abrió la portezuela y se metió dentro. Una ligera vibración detrás del oído le indicó que la misteriosa emisora volvía a comunicar con él.

—Ponga en marcha el coche y salga sin demostrar ninguna prisa.

Obedeció la orden. Luego continuó la emisora:

—Salga usted en esa dirección, controle sus nervios, no acelere, pudiera ser que estuvieran observándolo.

Alfred hizo todo tal como se lo indicaban. Más tarde volvía a recibir una orden.

—Tuerza usted por la primera bocacalle a la izquierda.

Cuando había recorrido unos trescientos metros, pudo observar que le seguía un coche. Aminoró la marcha y el seguidor hizo lo mismo, entonces decidió acelerar para escapar de lo que podía ser persecución. El coche que le seguía aumentó también su velocidad. Aquello confirmó a Alfred que era seguido. Aunque las instrucciones recibidas le habían ordenado llevara una marcha moderada, creyó oportuno, en bien del servicio, intentar despistar aquel coche. Apretó más el acelerador y torció a la derecha, precisamente por la calle River. El coche que lo seguía hizo lo mismo. Alfred continuó acelerando. Realmente llevaba una marcha diabólica. De pronto la vibración detrás del oído le apercibió para recibir un nuevo mensaje. Esta vez la pausada voz emisora tenía un tono de extrañeza y casi enojo.

—Pero ¿qué quiere usted, teniente Dawson? ¿Que nos estrellemos dentro de un minuto? Haga usted el favor de ir aminorando la marcha. No va usted a conseguir otra cosa que llegar antes al infierno.

Dentro de su perplejidad, Alfred obedeció automáticamente. El

coche que le seguía hizo lo mismo. Luego, sonó otra vez la voz:

—Tuerza usted hacia la calle B-512. Siga hasta recibir orden de parada.

Después de unos segundos llegó la orden.

—Pare usted.

Realizó la parada y esperó. La voz continuó:

—Descienda. Está usted frente al número 5.320, llame e introdúzcase en la casa.

Casi simultáneamente realizó la orden. Un minuto después se encontraba en el interior de la casa, frente a un hombre de unos treinta y cinco años que debía ser robusto y fuerte, pero en el que se notaba la huella de una vida de estudio y poca acción al aire libre.

—¡Caramba, Robert, qué sorpresa!

—¿Qué hay, Alfred? ¡Ya tenía ganas de echarte la vista encima!

—Sí, quéjate. La última vez que te vi quedamos en vernos al día siguiente en las carreras de caballos y hasta ahora.

El interpelado por Alfred, bajó modestamente la vista con un exagerado gesto de disculpa. Luego, dijo en voz alta:

—Hace unos tres años de eso, ¿no es así?

—Así es, Robert. Claro que he sabido de ti. Sé que tu brillante carrera universitaria te ha llevado a realizar grandes empresas, pero un amigo es un amigo siempre, ¿no?

—Tienes razón, pero no he podido evitar el proceder así.

Unos segundos después, unos golpes en la puerta fueron contestados por parte de Robert con un ¡entre! Se abrió la puerta y una espléndida muchacha como de unos veinticinco años, de armoniosas proporciones, pelo rubio y ojos azules, penetró en la habitación.

—Ya está todo hecho, jefe —fue el saludo.

—Muchas gracias, Katherine. Sabía que lo realizaría bien.

La joven frunció sus deliciosos labios en una mueca y miró de especial manera al teniente Alfred.

Robert observó la situación.

—¿Sucede algo?

—Nada, jefe. Simplemente que el teniente Dawson me parece que está un poco chiflado.

—¿Cómo? —dijo Alfred en el colmo del asombro.—Sí, a pesar de las instrucciones recibidas me ha hecho correr detrás de él a más de 280 kilómetros por hora.

— ¡Caramba, Alfred! Sí que tienes prisa por matarte.

Este lo comprendió todo.

—Si. Noté que me seguía un coche e intenté despistarlo.

—Y por poco lo consigue —dijo con un gracioso mohín Katherine.

—Entonces —preguntó Alfred— ¿usted ha sido mi seguidora?

—Si eso le consuela, le diré que sí.

—El caso es que no tenia por qué haberme extrañado —dijo éste —. Son tantas las que me siguen…

Robert lanzó una carcajada como en sus buenos tiempos de estudiante. Katherine intentó ponerse seria, pero al fin no pudo contenerse y rió también.

—Bueno —cortó Robert— no podemos perder tiempo, Alfred. ¿Quieres seguirme?

Este asintió con la cabeza. Cuando ya iban a salir de la habitación, Robert se volvió hacia Katherine.

—¿Querrá usted ir a mi despacho privado y prepararme los documentos que le dije?

—Así lo haré, jefe.

—No se olvide —continuó Robert— de poner su transmisor microscópico en marcha para comunicar conmigo cualquier cosa que pueda sucederle. Ya sabe que las instrucciones del general Widmark son de extremar las medidas de seguridad.

—De acuerdo, jefe —repuso la deliciosa muchacha.

—Por mi parte —continuó Robert— yo tendré siempre mi receptor funcionando.

—Está bien.

Mientras Robert y Alfred abrieron la puerta que daba acceso a la otra habitación, Katherine salió en dirección contraria. En la nueva habitación, Alfred encontró a tres desconocidos. Se trataba de hombres de alguna edad. Uno de ellos, con apostura marcial, fue presentado como el famoso general Widmark, jefe del Servicio de Información de la Tierra. El otro era un hombre como de unos cincuenta años, algo grueso, su mirada era centelleante y profunda y una revuelta cabellera coronaba su estatura.

—El profesor Panther, gran especialista en Física.

Y el tercer hombre era un anciano de unos setenta años, pero todavía fuerte y vigoroso.

—Este es el profesor Obermeyer, de quien habrás oído hablar como uno de los más eminentes astrónomos de la Tierra. A ustedes les presento al teniente Alfred G. Dawson, de la Policía de Chicago —terminó Robert.

Se saludaron todos brevemente y tomaron asiento alrededor de la mesa. Robert tomó la palabra.

—Alfred, he de poner en tu conocimiento algunas cosas que

considerarás extraordinariamente misteriosas. El destino ha querido que fueras tú precisamente quien tuvieras que relacionarte con nosotros. Estamos informados de que en un servicio realizado ayer encontraste una estatua de plata.

—Así es —replicó Alfred.

—Bien. Nosotros somos los responsables de realizar un trabajo de vital importancia para nuestro sistema planetario. Ya te daré mayor información sobre ello. Hace escasamente unas horas que los maravillosos laboratorios instalados en el desierto de Arizona, han sido totalmente destruidos. Cuando nuestras Fuerzas han llegado al lugar de la catástrofe, hemos encontrado cinco estatuas muy semejantes a la encontrada por ti. Esto ha hecho que solicitáramos tu presencia al objeto de intercambiar opiniones, informes, y continuar luego la colaboración para desentrañar este misterio.

Alfred explicó en pocas palabras lo que había descubierto cuando fue a realizar un servicio al lago Michigan. El profesor Obermeyer, después de haber escuchado atentamente el relato de Alfred, pasó a aclarar algunos conceptos.

—El ataque o le que sea a la Posición Escondite —dijo— ha sido de unas características especiales. El informe que yo he recibido hace escasos minutos, indica que la destrucción de la Posición Escondite obedece a un fenómeno astronómico inaudito.

—¿Querrá usted explicarse, profesor? —dijo Robert.

—A ello voy. Se trata simplemente de una descarga masiva de rayos ultravioleta e infrarrojos sobre la zona de la Posición Escondite.

—Dueño —intervino el general Widmark—, ¿pero quién puede haber hecho esa descarga?

—El caso es que no puede haberla hecho nadie —dijo el profesor ante el asombro general.

—¡Pero eso no es posible! —dijo Widmark.

—Sí, mi general —respondió el profesor Obermeyer—. Mi colega, el profesor Panther, puede confirmarlo. No hay en todo nuestro sistema planetario fuerza humana capaz de realizar esa hazaña. Como todos sabemos, la mayoría de los rayos ultravioleta que nos llegan del Sol son absorbidos por una ligera capa de ozono que se encuentra en la parte superior de la atmósfera, dejando pasar solamente los precisos para eliminar muchas bacterias y lustrar nuestra piel cuando vamos en verano a la playa. Si no existiese esta capa, toda la vida sobre la Tierra duraría apenas un par de segundos. Sin embargo, sobre la Posición Escondite ha habido una descarga masiva de este tipo. El fenómeno cósmico que haya podido

producirla escapa a nuestro razonamiento.

El general Widmark y Alfred mostraban su perplejidad. Robert, Panther y el profesor Obermeyer parecían estar perfectamente de acuerdo y convencidos de que lo dicho era la realidad. Robert tomó la palabra.

—El hecho es, señores, que la Operación Vida ha sufrido un serio percance. Pero lo dramático es que, siendo esta Operación Vida de la responsabilidad de todo nuestro sistema planetario, nos encontramos con que alguien de alguna manera ha intentado hacerla fracasar.

—No podemos colegir cómo ha podido producirse el paso de los rayos ultravioleta hasta la Posición Escondite, pero es indudable que alguien ha tenido que intervenir. ¿Se trata de algún loco? ¿Se traía de algún equipo de hombres ambiciosos que aspiran al dominio de todo nuestro sistema? De cualquier manera que sea, hemos de tomar las más extremadas medidas para evitar que la Operación Vida fracase.

Alfred miraba con ojos muy abiertos y escuchaba extrañado. Robert so dirigió a él.

—Ahora no puedo informarte, pero te diré que la Jefatura Superior te ha adscrito a nuestro servicio. Más adelante te explicaré todo lo necesario.

—Creo —intervino el general Widmark— que las medidas de seguridad que he ordenado deben acrecentarse al máximo. Mañana recibirán ustedes instrucciones para extremar la protección de todos los aspectos de la Operación Vida, cuya defensa y cuidado se me ha encomendado.

El profesor Panther iba a tomar la palabra cuándo Robert miró a su receptor transmisor de pulsera. Hubo un momento de silencio. El profesor Obermeyer le preguntó.

—¿Sucede algo Robert?

—No sé, pero observo en mi receptor una cosa extraña.

En efecto, Robert dio a la ruedecilla del amplificador y todos los presentes pudieron escuchar una especie de apagado tan-tan, que coincidía con el brillo intermitente de la transmisión.

CAPITULO IV

KATHERINE había dirigido sus pasos hacia el despacho particular de Robert. Tenia que preparar algunos informes sobre la Operación Vida. A pesar de su apariencia extremadamente femenina y graciosa, Katherine era una de as doctoras en Física más brillantes de los Estados Unidos. El puesto de alta responsabilidad que le había sido encomendado, era cubierto a perfecta satisfacción por esta joven de graciosa cara y líneas asombrosamente perfectas. Serenamente atravesó las estancias del Cuartel General hasta adentrarse en el despacho particular de Robert. Cuando abrió la puerta se sorprendió al encontrar la luz apagada. Si mal no recordaba, ella la dejó encendida. Vaciló un segundo, pero de improviso alguien cayó sobre Katherine con fuerza brutal. Quiso gritar pero una mano que le atenazaba la garganta se lo impidió. Poco después, dos o tres hombres más, atacantes, se dedicaron a atarla fuertemente y le pusieron una mordaza. Todavía no se había repuesto de su asombro cuando se encontró en un rincón de la habitación. Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la oscuridad, pudo observar que tres o cuatro figuras humanas se movían en la sombra, registrándolo todo. A pesar del estupor que la invadía, Katherine pudo percatarse de la gravedad de la situación. El despacho de Robert, repleto de importantísimos documentos, estaba siendo saqueado por unos desconocidos. Pensó en su transmisor de pulsera que estaba en comunicación permanente con Robert, pero ¿cómo ponerlo en marcha? Los desconocidos seguían de manera metódica un registro profundo de todos los cajones, de todos los estantes de la librería y los departamentos del archivo. Katherine se removía en el suelo. Uno de los desconocidos la golpeó fuertemente con el pie a la altura de la espalda. Katherine prefirió dejar sus forcejeos. El registro iba progresando de manera metódica. Intentó desesperadamente morder las ligaduras de la mordaza, mas resultó inútil. No podía reconocer de qué fibras estaban hechas, la verdad es que eran extremadamente duras. Los minutos fueron pasando angustiosamente. Katherine se sentía desolada e incapaz de luchar. De pronto, los desconocidos parecieron encontrar lo deseado. A la luz de una linterna observaron detenidamente unos papeles. La joven sabía de qué se trataba. Forcejeó inútilmente sin conseguir nada. Entonces tuvo una idea. Los extraños asaltantes le

habían atado los brazos pasando unas ligaduras por detrás de la espalda, pero le habían dejado las maniatadas manos sobre el pecho. Con un esfuerzo intentó restregar el transmisor de pulsera contra sus ropas. Pasaron los segundos. Los desconocidos metieron en un pequeño maletín los documentos que consideraban necesarios. Katherine siguió los roces de su transmisor contra su pecho hasta que pudo percibir un ligero ruido indicador de que el transmisor había sido puesto en marcha. Uno de los desconocidos hizo seña a otro y éste se dirigió hacia Katherine. Esta sintió un gran sobresalto. Lentamente el desconocido metió una mano en el bolsillo y sacó una navaja afilada. Indudablemente pensaba acabar con la vida de la joven. Esta apoyó fuertemente el transmisor contra su pecho. Ya estaba a punto de hundir la navaja en su cuello el desconocido, cuando el que parecía dirigir la operación lanzó una extraña frase y todos se reunieron junto a él. A la luz de una linterna, el jefe de la expedición examinaba los últimos documentos cogidos. Necesitaban algún documento más, pues se lanzaron todos a una furiosa búsqueda. Katherine permanecía en el suelo con el corazón angustiado. Pensó que no había nada que hacer, quizá Robert no supiera interpretar el mensaje que pretendía enviarle. Los minutos pasaron lentamente. Katherine elevó mentalmente una plegaria al cielo convencida de que le quedaban pocos segundos de vida, nada más, tal vez, que los que necesitaran los misteriosos asaltantes para encontrar los documentos que les eran necesarios.

CAPITULO V

ROBERT continuó en el uso de la palabra.

—La situación es sencillamente trágica, querido Alfred. No puedo entrar ahora en pormenores sobre el motivo fundamental de nuestra presencia aquí. Sólo te diré una cosa: De nuestro trabajo depende la vida de nuestro sistema solar.

Últimamente, precisamente estos tres años que no te veo, el Gran Consejo de nuestro sistema solar decidió realizar una gran operación científica, operación que nosotros llamamos «Vida» al objeto de salvar a todo nuestro sistema de una catástrofe no muy lejana. Hasta ahora todo ha ido bien. Nuestro pequeño sistema solar vive en paz y todos los hombres que en él habitan están aunados en tareas comunes y constructivas, pero hace escasamente unas horas nuestro laboratorio subterráneo en el desierto de Arizona ha sido víctima de una tremenda catástrofe. Nosotros todavía no podemos determinar si se trata realmente de un hecho fortuito o si obedece a causas determinadas por alguien interesado en hacer fracasar la operación Vida. El profesor Obermeyer podrá explicarte en breves palabras lo sucedido.

Obermeyer tomó la palabra:

—Hemos reunido todos los datos precisos para poder dar un diagnóstico a la enfermedad que ha padecido nuestro laboratorio subterráneo. Una avalancha en masa de rayos cósmicos ha descendido como una lluvia mortífera sobre la zona de nuestro laboratorio, de tal modo que, calcinando la tierra, ha determinado un cambio de presión y temperatura, al extremo que ha hecho emerger nuestra ciudad subterránea que, asimismo, ha sido destruida. Le diré, teniente Dawson, algunas cosas que quizá por la índole de los estudios que usted ha cursado no conozca:

«Entre los muchos factores de vida que nosotros necesitamos para vivir, existe uno que es primordialísimo en la tierra: es la benéfica influencia del Sol. Mas este astro no nos envía la luz tan generosamente corno parece. Si no tuviéramos una protección nos destruiría en pocos segundos. Hoy en día, el Sol no es la fuente de energía que fue hace algunos centenares de miles de años, mas aun así es una dosis demasiado fuerte para el ser vivo. Los rayos ultravioleta pueden eliminar todo germen de vida en unos segundos.

»Afortunadamente, en las capas superiores de la atmósfera existe una envoltura de ozono o sea, el isótopo pesado del oxígeno, capa ésta no muy grande, pues si la redujéramos a la densidad del aire atmosférico tendría el espesor de unos cuatro centímetros nada más, pero que, gracias a Dios, sirve para que la mayor parte de los rayos ultravioleta que el Sol nos envía constantemente sean absorbidos, de forma que a nuestra tierra no llegan más que los indispensables para permitirnos vivir. La Posición Escondite ha sufrido un grave fenómeno. Estos rayos, no sabemos por qué, han llegado en tromba, como si se hubiera abierto una parte de esa envoltura de ozono que tan benéfica nos es. Las causas que pudieran haber determinado esto nos son completamente desconocidas, pero la importancia de la operación que intentamos nos hace ponernos en guardia y adoptar toda clase de medidas para evitar que se repita.

El profesor Obermeyer guardó silencio indicando que había terminado.

Robert tomó nuevamente la palabra.

—El hecho de que hayamos solicitado tu presencia, Alfred, obedece a que en los alrededores de la Posición Escondite hemos encontrado cinco estatuas de las mismas características que la que tú encontraste al lado del lago Michigan. Teniendo que relacionar el altísimo secreto de nuestra operación Vida con la tarea diaria de las fuerzas de seguridad civil, ha sido una fortuna para nosotros el que fueras tú, en quien confío plenamente, el que haya tenido que ponerse en contacto con nuestro Estado Mayor. Quizás el fenómeno atmosférico que dio paso a los rayos ultravioleta a la Posición Escondite pueda ser explicado en algún momento, pero la aparición de esas estatuas nos hace pensar con gran temor en la posibilidad de la intervención de otros seres en la catástrofe. ¿Tú tienes alguna teoría sobre la estatua que encontraste en el lago Michigan?

Alfred no respondió a la pregunta. Robert la repitió.

Ante el silencio de Alfred, volvió a preguntar:

—¿Te sucede algo?

Alfred, que estaba con la mirada fija en el transmisor-receptor de pulsera de Robert, levantó la mirada con un gesto que indicaba salía de una abstracción profunda.

—¿Cómo dices?

—Te preguntaba si te sucede algo.

—¡Ah! Perdona. Me preocupaba tu transmisor-receptor.

—Sí, debe estar estropeado. Da la señal de transmisión, pero no escucho, la voz de Katherine.

—¿Quieres darle al amplificador? —dijo Alfred.

Robert lo hizo así mientras los demás miraban a Alfred extrañados. La señal de transmisión se sucedió con su intermitencia acostumbrada y un ampliado tan-tan llenó los ámbitos de la habitación.

—¿Qué encuentras? —preguntó Robert.

—Voy a intentar comunicar yo.

Alfred maniobró en el aparato, lanzó la señal y esperó unos segundos. No sucedió nada. De pronto. Alfred se levantó excitado.

—¿Dónde está Katherine?

—En mi despacho.

—¡Pronto! ¡Es preciso ir a donde está!

Todos miraron asombrados a Alfred. Este apremió a Robert:

—¡Pronto! ¡Condúceme a tu despacho!

Electrizados por la seriedad con que Alfred pedía esto, se levantaron todos y, dirigidos por Robert, atravesaron las estancias para llegar al despacho. Una vez allí intentaron abrir la puerta sin resultado alguno.

—¿Por qué se habrá cerrado por dentro Katherine? —dijo el general Widmark.

—¿Tiene alguna salida al exterior tu habitación? —dijo Alfred.

—Sí, la ventana.

Alfred salió disparado como un loco hacia el exterior de la casa, al propio tiempo que gritaba:

—¡Derribad la puerta!... ¡Derribad la puerta!

Cuando llegó al exterior de la casa, la rodeó hasta situarse bajo la ventana del despacho de Robert. La ventana se encontraba a seis u ocho metros de altura.

Por un momento no supo qué hacer. Lanzó una mirada circular en derredor suyo y, semioculta entre los árboles, vio una escalera automotora de las empleadas en jardinería. Se dirigió hacia ella corriendo y se dispuso a ponerla en marcha. Durante unos segundos forcejeó con los mandos de la mismo hasta que, al fin, pudo ponerla en marcha y arrimarla a la pared donde se encontraba la ventana del despacho. Con rapidez, pero en silencio, subió los peldaños. A través de los cristales miró al interior de la habitación de Robert. La escena que descubrió no podía ser más extraña y a la vea más alarmante. Katherine permanecía en el suelo fuertemente atada y amordazada y Robert y sus amigas permanecían a la entrada de su habitación; seguramente habían conseguido derribar la puerta, pero su actitud era harto insólita.

Los cuatro permanecían inmóviles en las posiciones más absurdas, de la misma manera que esas fotografías que se toman en

pleno movimiento de los protagonistas. Dos hombres se hallaban en la habitación mirando fijamente a los recién llegados; uno de ellos había enfocado hacia Robert y sus amigos una extraña linterna, cuya luz era, al parecer, la causante de la inmovilidad de éstos. Tras unos segundos, el otro asaltante sacó de su bolsillo un pequeño cono y lo levantó hacia el grupo de Robert. Alfred no lo pensó más. Con la prodigiosa puntería que era característica en él disparó su silenciosa pistola eléctrica. El extraño asaltante detuvo el movimiento ascendente de su brazo y cayó al suelo con un rugido de dolor. Su compañero se volvió sobresaltado en la dirección de la ventana, al mismo tiempo que intentaba enfocar la luz de su linterna hacia Alfred. Este no vaciló ni un segundo, volvió a disparar y su enemigo cayó fulminado en el suelo. Luego disparó con igual fortuna sobre los otros atacantes. Un momento después Robert y sus amigos recobraban la facultad de moverse y con los ojos asombrados se percataban de cuanto sucedía. El general Widmark se dirigía a los que estaban caídos, mientras que el profesor Panther le hacía la advertencia de que no los tocase. Alfred saltó por la ventana y se dirigió hacia Katherine, a la que comenzó a liberar de sus ataduras, juntamente con Robert y el profesor Obermeyer. Ya lo habían conseguido cuando el profesor Panther dio un grito de alarma.

—¡Cuidado!... ¡Cuidado todos! Salgamos aprisa.

Todos obedecieron rápidamente, con la celeridad que da la excitación. El primero de los asaltantes sobre los cuales había disparado Alfred había hecho un movimiento y su cono apuntaba a los otros asaltantes caídos en el suelo. Un extraño rayo violáceo salió de este instrumento y los tres hombres comenzaron a emitir una blanquísima luz, al mismo tiempo que iba desapareciendo su cuerpo como desintegrado en el aire. Un instante después, el primer asaltante dirigió el cono hacia sí mismo y pudo observarse la misma operación. El interior de la habitación había elevado extraordinariamente su temperatura, pero sin que se pudiera observar la más mínima columna de humo ni llama alguna que pudiera prender fuego a los objetos.

El sorprendido grupo de hombres dejó pasar unos segundos hasta considerar que ya se podía entrar en la habitación sin temer alguno. Cuando lo hicieron, su asombro creció de grado. Los desconocidos habían desaparecido dejando una leve huella en el suelo. Mientras se miraban estupefactos, Katherine sufrió un desvanecimiento. Afortunadamente, Alfred, que estaba cerca, tuvo tiempo de rodearle la cintura para evitar que cayera.

—Voy a sacar a Katherine al jardín —dijo—; es preciso que tome un poco de aire y se serene.

Mientras los demás se quedaban haciendo hipótesis sobre la situación, Alfred sacó a Katherine al jardín y la sentó en un banco de piedra.

La muchacha iba reaccionando lentamente.

—No tenga usted miedo. Pasó el peligro.

—Ha sido horrible. Creí que había llegado mi último instante; pero no era eso lo que más me preocupaba, sino la posibilidad de que los desconocidas pudieran conseguir su objetivo.

—¿Tan importante era ese objetivo?

—El profesor Robert tiene en su despacho algunos documentos que son fundamentales para la Operación Vida. Cayeron sobre mí tan inesperadamente que no pude hacer la menor resistencia.

Ante la palidez mortal de Katherine, Alfred se vio obligado a animarla.

—Bien, bien; pero ya pasó todo. Ahora es preciso recuperarse y volver al trabajo.

Katherine, un poco ya más repuesta, se percató de que el abrazo de Alfred era quizá excesivamente estrecho y prolongado. Con un ligero movimiento de sorpresa se apartó de éste, que recibió el gesto con una leve sonrisa.

En aquellos momentos, Robert y el general Widmark, que acababan de salir de la casa, se apresuraron a inquirir:

—¿Cómo está, Katherine? —preguntó Robert.

—Creo que ya pasó todo, jefe; pero le aseguro que ha sido un buen susto.

—Me encuentro totalmente desconcertado —terció el general Widmark—. No conozco nada que pueda parangonarse a la desaparición de esos seres.

—Sencillamente: han sido volatilizados —dijo el profesor Obermeyer que acababa de reunirse con ellos—. He dado orden al laboratorio para que envíe un equipo de técnicos para buscar cualquier huella que pueda conducirnos a la solución de este enigma.

—Yo creo conveniente —dijo el general Widmark— que nos metamos en la casa. Desde ahora, las previsiones de seguridad serán observadas al máximo. Les ruego a ustedes que en este aspecto me obedezcan ciegamente.

Todos se dirigieron al interior de la casa. Una vez instalados confortablemente en uno de los salones, Robert sirvió unos vasos de whisky para que todos recobraran el control de los nervios.

—Dinos una cosa, Alfred. ¿Cómo se te ocurrió que Katherine necesitaba ayuda?

—Interpreté su mensaje; eso es todo—dijo Alfred con seguridad asombrosa.

—¿Qué demonios quiere usted decir? —preguntó el general Widmark.

—Me extrañó mucho que el aparato transmisor-receptor de Robert se hubiera estropeado. De haber sido así, no hubiera dado la señal de transmisión.

Katherine tuvo un brillo de admiración en la mirada.

—Es cierto cuanto dice el teniente Dawson. Cuando me vi en el suelo y maniatada quise enviar un mensaje a ustedes, al objeto de pedir auxilio; poro estando amordazada me era imposible; froté mi transmisor de pulsera sobre mis ropas hasta ponerlo en marcha, y no pudiendo hablar…

—Lo apretó contra su corazón —terminó Alfred—, ¿no es así?

—Así es —dijo Katherine.

—Y eso es lo quo yo interpreté. El tan-tan que oíamos por el altavoz no era más que el acelerado palpitar del corazón de la señorita Katherine. Durante unos segundos conté los latidos y vi que no eran los correspondientes al estado normal de una persona. De ello deduje que Katherine se encontraba excitada y probablemente en un apuro.

Todos alabaron con admiración la sagacidad demostrada por Alfred

—Creo —dijo el general Widmark— que hemos hecho una buena adquisición con usted, teniente Dawson. Estoy seguro de que la Operación Vida ha incorporado un valioso elemento.

—Gracias, mi general; pero no tiene importancia —repuso Alfred—. Mi profesión es deducir la realidad de los hechos de los detalles más insignificantes o de las apariencias más absurdas.

Todos se congratulaban del buen fin de aquella peligrosa situación. Robert consideró que ya había bastante por aquel momento, y mientras el general Widmark partía para poner en alarma todo el sistema de la Operación Vida, el profesor Obermeyer se dirigía al despacho de Robert, pues ya comenzaba a llegar el grupo de técnicos del laboratorio.

—Bueno, Katherine, creo que debe irse a descansar un poco —dijo Robert.

—Sí, será lo mejor, jefe.

—Ha sido un día agitadísimo —repuso Alfred—; primero recibo órdenes desconcertantes; luego entro en contacto con vosotros por

medio de unas gafas; me persiguen a doscientos noventa kilómetros por hora y acabo viéndome envuelto en esta infernal aventura. No creo que me haga muy viejo si mi vida ha de continuar así de ahora en adelante —terminó con una sonrisa.

—No creo que nos hagamos muy viejos ninguno de todos —contestó con el mismo tono Katherine.

—Como usted verá, resulta menos peligroso perseguirme a doscientos noventa kilómetros por hora que ir al trabajo cotidiano. ¿No le parece?

Katherine respondió con una sonrisa y todos echaron a andar mientras Katherine pensaba en aquel hombre moreno de atlética complexión y que parecía tener los nervios a toda prueba.

CAPITULO VI

ALFRED y Robert volaban raudamente en una esfera ciclomagnética de tipo grande. Hacía unos minutos que habían emprendido el vuelo, fuertemente escoltados por aparatos de combate. Durante los dos últimos días Alfred había podido percatarse perfectamente de lo que sucedía, pero tanto su curiosidad como su sentido de la responsabilidad le obligaron a abordar el tema do una manera franca y decidida.

—Oye, Robert, ya ves que he procurado no molestarte con preguntas durante los dos últimos días. Os he visto a todos extraordinariamente atareados e incluso diría que muy preocupados, o asustados tal vez; pero si realmente queréis que yo os sea útil y eficaz, creo necesario que debéis informarme de cuanto sucede.

—Mira, Alfred, como tú dices bien, no he podido dedicarte el tiempo necesario para darte esta información. Precisamente la reservaba para este momento. Procuraré no excederme en detalles:

»Como sabes, hace tres años dejé de relacionarme contigo; esto obedeció a una llamada que tuve por parte del mando coordinado de nuestro sistema solar; se trataba de encargarme de una operación importantísima. De esta operación no era yo el primero, ni el único, que había asumido la responsabilidad, otros me habían precedido y yo venía a reemplazar al último jefe de la misma, fallecido recientemente.

»Las cosas ahora —continuó Robert— no son como eran hace muchos siglos, es decir, al principio de la primera era atómica. En este año de 2552 de la era cósmica, después de los cuatro períodos atómicos porque atravesó la Tierra, las cosas son muy distintas. En la antigüedad, el Sol brillaba espléndidamente en el cielo repartiendo sus beneficios por todo nuestro sistema solar; las estrellas, como tú sabes, nacen, tienen un período de desarrollo y después mueren. Nuestro Sol no iba a ser distinto a las demás estrellas, pero el proceso de decadencia del mismo se inició mucho antes de lo que estaba previsto por los hombres de ciencia. El motivo, sin querer entrar en detalles científicos que quizá no entendieras, fue debido a un extraño movimiento no previsto de nuestra galaxia. Como sabes, nuestra galaxia es un cúmulo inmenso de millones y millones de estrellas, las cuales se encuentran en una

gran densidad en lo que podríamos considerar como la zona interna de la galaxia, esta galaxia tiene una forma espiral y en uno de los brazos de esta espiral es donde se encuentra nuestro sistema solar. El movimiento al que me he referido antes, consistió en el desplazamiento en el interior de la galaxia de gran cantidad da estrellas que a velocidad creciente se fueron aproximando hacia los brazos de la galaxia, lo cual determinó un cambio completo en las condiciones físicas de las estrellas de los brazos espirales.

»Por ejemplo, el sistema de Elitrón, que tú puedes ver a simple vista por las noches en la dirección Norte-Noreste del cielo, no fue visto por los hombres del siglo veinte. Este sistema planetario, con su brillante estrella en el centro, fue uno de los núcleos desprendidos del interior de nuestra galaxia hacia los brazos exteriores. Nuestro Sol precipitó, por causa de esto, su proceso de decrepitud y muerte, de tal forma que el brillo y la potencia luminosa y energética que tiene en la actualidad corresponde a una vigésima parte de la calculada por los hombres de ciencia de otros tiempos para el tiempo actual.

»En nuestro sistema solar hemos tenido que adoptar una serie de medidas para poder conservar las condiciones físicas mínimas indispensables para subsistir; mas es lo cierto que nuestro Sol va apagándose con velocidad creciente, de forma que calculamos que en un período no muy lejano las explosiones atómicas del interior del Sol, que son las que determinan la producción de energía y luz, tan necesarias para nuestro sistema solar, terminarán.

—¿Entonces, quieres decir, Robert, que tanto la Tierra como los demás planetas, que con el esfuerzo de los hombres han ido haciéndose habitables, perecerán en breve plazo?

—Así es, Alfred; perecerán si la Operación Vida, de la cual soy yo el responsable, fracasara.

—¿Y en qué consiste esta Operación Vida?

—Como tú sabes, en las reacciones atómicas hay algunas de ellas que están determinadas por el bombardeo de los núcleos atómicos, por medio de neutrones rápidos. Los neutrones no existen libres en la naturaleza, siró que están aprisionados en los núcleos atómicos. Los hombres de ciencia de nuestro sistema solar, desde hace más de 500 años, han previsto esta circunstancia por la que atravesamos hoy día y decidieron dotar al ser humano de un arma capaz de reiniciar en el núcleo del Sol el proceso de desintegración atómica, de tal forma que éste vuelva a adquirir su vigor y energía, tan necesarios para nosotros. Teníamos que encontrar la manera de conseguir un proyectil capaz de iniciar estas reacciones atómicas en

el interior del Sol. Este proyectil ha sido conseguido gracias a la perseverancia de muchos hombres. Con una paciencia ilimitada han ido separando neutrones del interior de los núcleos y se ha conseguido formar con ellos un proyectil de neutrones densos, aprisionados por una capa de electrografito. A esta nueva materia conquistada por la ciencia se le ha dado el nombre de Neuterium y será disparada desde una plataforma situada entre Mercurio y el Sol. Una vez haya penetrado el proyectil en el interior de la estrella, la capa de electrografito desaparecerá dejando a los neutrones en libertad en cantidad de trillones y trillones, los cuales se dispararán en todas las direcciones hasta conseguir los blancos necesarios para que la reacción atómica del interior de la estrella vuelva a iniciarse.

—Comprendo, Robert; pero piensa que si el Sol se activara más sería imposible la vida en Mercurio.

—Esto está previsto. Previamente habremos desalojado este planeta. El Estado Mayor de nuestro sistema ha decidido ya adonde hay que transportar a los habitantes de Mercurio. Perderemos la posibilidad de habitar este planeta, poro ganaremos posibilidades de vivir en los demás planetas de nuestro sistema.

—Realmente, me parece una gran empresa, Robert.

—Como verás, Alfred, es una empresa de la que depende la existencia de nuestro sistema solar.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con cuanto ha sucedido estos días?

—La Posición Escondite —continuó Robert— fue nuestro laboratorio secreto durante muchos años. Como sabes, una fuerza extraña, quizá un fenómeno de la naturaleza —pero no olvidemos la aparición de las estatuas de plata en los alrededores— lo ha destruido; afortunadamente, el Neuterium había sido trasladado ya de aquel lugar.

—¿Y puede saberse a dónde se ha trasladado?

—Lo verás dentro de pocos segundos. En estos momentos estamos llegando a la meseta de Altai en la antigua Asia. Ahí tenemos nuestro campo de experimentación y es ahí, precisamente, donde hemos llevado el Neuterium.

El piloto dio un informe.

—Señor, nos encontramos en las proximidades de la posición «Z-O Vida».

—¿Podemos aterrizar? —preguntó Robert.

—Sí, no hay dificultad ninguna —contestó el piloto.

La esfera ciclo-magnética fue descendiendo suavemente y Alfred pudo ver cómo lo que parecía una miniatura se agrandaba hasta

convertirse en un gran campo lleno de edificios, torres, vehículos, etcétera.

—Se trata de eso, ¿no, Robert?

—Sí, eso es, Alfred.

La esfera recibió la señal de aterrizaje por parte del personal encargado de la posición. Un instante después la esfera ciclomagnética había aterrizado y el general Widmark y Katherine se adelantaban a recibir a los recién llegados.

—¿Cómo ha ido ese viaje, Robert?

—Muy bien, mi general —contestó éste—. ¿Está todo dispuesto?

—Sí —repuso Widmark—, todo está preparado.

Con paso rápido se dirigieron hacia el pabellón reservado a la dirección del campo de experimentación. Allí encontraron al profesor Panther y al profesor Obermeyer y después de los saludos rituales, Robert tomó la palabra.

—Entonces, ¿podemos partir ya?

—Sí —dijo el general Widmark—. Las fuerzas de protección están listas, pero hay una pequeña modificación en nuestro plan.

—¿Y cuál es?

—El teniente Dawson, usted y Katherine no irán en el aparato que transporta el Neuterium. El profesor Panther podrá informarles del por qué.

Panther tomó la palabra:

—Querido Robert, no considero prudente que usted se arriesgue. Hemos tenido que precipitar los acontecimientos, como usted ya sabe, y el transporte del Neuterium, aunque creo que puedo garantizar que llegará a la plataforma Mercurión, puede representar algún peligro para los que se encuentren en el aparato de transporte.

—Per ello —continuó el general Widmark interrumpiendo a Panther— hemos creído oportuno ahorrar peligros innecesarios a los miembros del Estado Mayor de la Operación Vida.

—Yo no puedo consentir... —intervino Robert.

—Querido profesor Robert —intervino Obermeyer—. Usted es el jefe supremo de esta operación, por ello tiene mayor obligación de preservarse de cualquier posible accidente. Yo he visto corno la cosa más natural lo propuesto por el general Widmark. Yo le ruego, Robert, que acceda a esta petición.

—Está bien —dijo Robert—, lo haremos así.

Una vez decidida la cuestión, Robert, Alfred, Katherine y el general Obermeyer se dirigieron con paso rápido hacia la nave interestelar que les aguardaba. En pocos minutos se introdujeron

por la escotilla abierta por el piloto y quedaron dispuestos para la marcha.

El general Widmark les dio las últimas instrucciones:

—Bueno, profesor Robert; van ustedes a salir primero. Treinta minutos después de ustedes saldrá la nave encargada de transportar el Neuterium, guardada por las fuerzas de protección. Ustedes llevarán dos escuadrillas de aparatos de combate, por lo que pudiera suceder.

Robert asintió con una triste sonrisa.

—Está bien, general; aunque realmente no sé de quién tenemos que protegernos.

—Eso quisiera saber yo —repuso el general Widmark—. He convocado una reunión del mando supremo de nuestro sistema solar; creo, profesor Robert, que tendremos que investigar bien a fondo, pues cada vez pienso menos que se trata de un accidente lo sucedido en la posición Escondite.

—Pero ¿a quién demonios —interrumpió el profesor Obermeyer— puede interesarle estropear una operación de la que depende la vida de todos nosotros?

—Así es —dijo el general Widmark—, pero por mucho que se haya perfeccionado el hombre, nunca podemos estar seguros de que alguien no se haya vuelto loco o de que sus aspiraciones sean tan extremadas que pretendan hacer de lo que es una necesidad para todos, acción exclusiva para sí mismo y aquellos a los que pueda haber convencido para paralizar un acto semejante.

Por fin dieron por terminada la conversación, se cerró la escotilla de la nave interestelar y el general Widmark comenzó a dar las órdenes definitivas. Puso en acción su tele-radar de pulsera y transmitió una orden:

—Escuadrilla número 1. Lista para despegar.

—Escuadrilla número 2. Lista para despegar.

Un instante después recibía la señal de los jefes de escuadrilla, dando su conformidad con el despegue.

Majestuosamente, los veinte aparatos de que constaba cada escuadrilla fueron despegando en vertical hasta ganar una altura de tres mil metros.

Widmark dio la orden al aparato de Robert:

—¡Atención, aparato transporte!... ¡Despegue!

El aparato de Robert comenzó a ganar altura.

Cuando se encontró en medio de las dos escuadrillas protectoras, emprendieron un vuelo raudo hacia Mercurio, primera etapa de su viaje, desde la cual darían el salto a la plataforma Mercurión.

* * *

Mientras sucedía lo anteriormente narrado, en una cabina llena de aparatos complicadísimos, un hombre observaba con gran atención una pequeña pantalla luminosa. De pronto, levantó la cabeza.

—Athor —dijo—. Ya han despegado.

—Está bien —contestó el aludido—. No tenemos que perderlos de vista.

—Descuida, Athor.

Luego el llamado Athor transmitió una orden:

—¡Atención los jefes de grupo de la escuadrilla de choque!... ¡Estad dispuestos para entrar en acción a una orden mía!

En un altavoz situado cerca de Athor fueron recibiéndose las contestaciones:

—Jefe de grupo 0-1. ¡Dispuesto! Jefe de grupo 0-2. ¡Dispuesto!. Jefe de grupo 0-3. ¡Dispuesto! Jefe de grupo 0-4. ¡Dispuesto!

Luego Athor se volvió hacia otro personaje que estaba sentado a su lado:

—Por las referencias que tenemos, Danub, el Neuterium debe ir en el último aparato.

—Sí, Athor. En él ha subido el profesor Robert, juntamente con su secretaria y el profesor Obermeyer.

—Sí, corresponden exactamente a la descripción que tenemos de ellos.

—Por cierto —dijo Danub—, que ha subido con ellos otro personaje que no pertenece al servicio de la nave ni al del campo de experimentación.

—Ya he podido observarlo en la pantalla. No sé quién pueda ser —contestó Athor.

Luego continuó:

—Es preciso que ese aparato no sufra daño ninguno.

—Las instrucciones que di son terminantes. Destruiremos las naves de protección y procuraremos coger intacto el aparato del profesor Robert.

El encargado de la pantalla de control transmitió un mensaje.

—Parece que se dirigen ya hacia su objetivo. Nuestros instrumentos delatan una velocidad de doscientos mil kilómetros por minuto por parte de las naves enemigas.

—Sí —dijo Danub—, seguramente se dirigen hacia la plataforma Mercurión.

—¿No crees, Athor, que pueden hacer escala en Mercurio?

—Podría suceder.
—¿Y crees que van a realizar ya la Operación Vida?
—No te puedo responder, Danub; mas resulta evidente que nuestra acción por apoderarnos del Neuterium los ha puesto en guardia. Quizá no pretendan otra cosa que asegurarse la protección del Neuterium instalándolo en la plataforma Mercurión, donde con toda seguridad tienen más posibilidades de defensa.
—De cualquier modo —dijo Danub—, no creo que lleguen a realizar esa operación.
Otro de los oficiales encargado de los aparatos de control transmitió un mensaje a su jefe:
—Athor, el metastámetro marca dos rayas más.
Danub y Athor se miraron sin poder ocultar su angustia.
—Está bien. Aumenta once grados la temperatura.
El encargado del control transmitió:
—¡Jefe de máquinas!... ¡Aumente once grados de temperatura!
Danub no podía apartar los ojos de los de Athor.
—Sí —dijo Athor, como asintiendo a una muda pregunta de Danub—, el proceso se va precipitando.
—Es necesario —dijo Danub exaltado— que nos apoderemos del Neuterium.
—En ello estamos, Danub. Nuestro pueblo necesita ese Neuterium y lo conseguiremos.

* * *

En el aparato en que iban Alfred y Robert seguía la conversación entre éstos.
—¿Y quién crees tú, Robert, que pueda haber intentado deshacer la Operación Vida?
—No lo sé, Alfred. Uno de los motivos por los cuales estás entre nosotros es el descubrirlo. Yo no soy detective, mi pensamiento está dedicado a los muchos y complejos problemas de la Operación Vida. El general Widmark ha montado un inmenso servicio de vigilancia y muchos hombres investigan para desentrañar la verdad. Hemos querido que vengas con nosotros para que puedas conocer los detalles de esta operación y ver hasta qué punto puedes descubrir algo.
—Lo que no comprendo —dijo Alfred— es cómo siendo de interés para todos el realizar esta operación, puede haber nadie empeñado en deshacerla.
—Quizás —intervino Katherine— no se trate de impedir la Operación Vida, sino que tal vez algún grupo de seres de los otros

planetas habitados de nuestro sistema solar traten de hacer de esta operación un arma de chantaje para todos.

—¿Quiere usted decir, Katherine —repuso Alfred—, que intentarían apoderarse del Neuterium para coaccionar así a los demás seres de nuestro sistema solar?

El profesor Obermeyer contestó por Katherine:

—Es posible, teniente Dawson. Quizás es la ambición de algún grupo que pretende chantajear al resto de los humanos apoderándose del Neuterium y haciendo de éste un arma para someter a todos los demás.

Alfred quedó pensativo un momento.

—Y en este caso —repuso—, ¿cómo interpretamos la aparición de esas extrañas estatuas de plata?

—He aquí lo más desconcertante de la situación —dijo Robert.

—Yo creo —repuso Alfred— que no es ningún grupo de hombres ambiciosos el que pretende apoderarse del Neuterium.

Katherine intervino fogosamente:

—Pero teniente Dawson, ¿no me va a decir usted que nadie pretende hacer nada con el Neuterium. Podríamos no saber qué grupo es, pero resulta evidente que de un grupo de hombres se trata.

—Quiero decir —repuso Alfred— que sigo sin entender hasta qué punto podrían coaccionar a los humanos un grupo que se apoderase del Neuterium. Para poder ejercer una coacción, tendrían que disponer libremente de ese Neuterium, es decir realizar o no realizar la Operación Vida, pero a ningún ser de nuestro sistema solar, a ninguno, fíjense bien, le convendría el no realizar esta operación. Además, por lo que tengo entendido, la operación esta proyectada de tal modo que no puede realizarse en menor proporción.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el profesor Obermeyer.

—Creo entenderlo —intervino Robert—. Así es, Alfred. No es posible realizar la Operación Vida en menos proporción, es decir, que si por ejemplo !os habitantes de Mercurio o de Venus quisieran realizar la Operación Vida sólo para ellos, no podrían hacerlo.

—Exactamente es lo que quería preguntar. Entonces, si la Operación Vida tiene una eficacia para todo el sistema si resulta positiva, o igualmente nefasta para todos si resultara negativa, ¿cómo podrían ejercer coacción alguna aquellos que quisieran robar el Neuterium para realizar la operación ellos mismos?

La lógica de Alfred aplastó los argumentos de todos.

—Realmente está eso bien pensado —dijo el profesor

Obermeyer.

—Sí, hay que reconocer que su lógica es irrebatible —repuso Katherine.

—Entonces —preguntó Robert—, ¿qué solución le encuentras a esto?

—Por ahora ninguna —dijo Alfred—. No sé que pensar. Quizá... —se interrumpió.

—Di. Di —insistió Robert.

—No. No me atrevo ni a decir en voz alta lo que pienso. Es un disparate.

—Entonces, ¿no encontramos la salida de la situación? —preguntó Katherine.

—Por ahora no. Tengamos paciencia —dijo Alfred—. Es una de las virtudes más importantes de un detective.

—Sí, usted estará acostumbrado; pero yo difícilmente puedo tenerla —dijo Katherine—. Después de tantos esfuerzos realizados para salvar la situación de nuestro sistema solar, me crispa los nervios el pensar que elementos ajenos a la capacidad de trabajo y de sacrificios de los hombres pudieran estropearlo todo.

—Así es —dijo Robert—. Científicamente vamos a conseguir lo más grande que haya podido contemplar la Humanidad.

—Y, desde el punto de vista práctico —intervino Obermeyer—, el salvar la vida de todos los seres humanos es una gran tarea, y máxime cuando estos seres son jóvenes —y sonrió mirando a Katherine— y tienen todavía mucho que vivir.

Katherine asintió con una mirada, mientras que Alfred la miraba furtivamente y sentía que su corazón aceleraba al pensar en la posibilidad de que aquella mujer pudiera morir en breve.

* * *

Athor observaba con atención la pantalla luminosa.

—Ha llegado el momento de actuar, Danub —ordenó—, manda a las escuadrillas de choque que se desplieguen según el plan previsto para atacar.

Danub dio a un interruptor y envió el mensaje.

—¡Atención, escuadrillas de ataque!... ¡Despliéguense según lo previsto! ¡Vamos a actuar!

Luego continuó Athor:

—Del aparato en que va el Neuterium nos encargaremos nosotros mismos. Transmite órdenes para que accionen el electro-gravitador.

Danub dio la orden.

—¿Está todo preparado, Danub?

—Sí, Athor, esperamos sólo tu orden.

—Les dejaremos aproximarse un poco más. Primero procuraremos sustraer el aparato del Neuterium para evitar que sufra daño alguno por causa de las armas de las escuadrillas de choque y, luego, destruiremos totalmente los dos grupos de protección de este aparato.

—De acuerdo —repuso Danub.

En el interior de aquella cabina, como asimismo en los departamentos restantes de la astronave de Athor, se podía percibir una gran tensión Tensión que producía no sólo el hecho de ir a entrar en combate, combate que por otra parte estaban seguros de tener ganado de antemano, sino porque en aquella operación se decidía algo más importante que una victoria o una simple derrota. Los segundos fueron pasando lentamente hasta que los instrumentos de control indicaron que la nave de Alfred y Robert, como asimismo los dos grupos de protección, se encontraban en la posición apetecida por Athor.

Entonces, éste dio una orden escueta: — ¡Sala de combate! Localicen la nave que se encuentra bajo los dos grupos de protección.

De la sala de combate llegó la respuesta

—Nave objetivo localizada.

—Hagan funcionar el electro-gravitador, primeramente con ligera intensidad, al objeto de que no puedan percatarse de lo que sucede, una vez conseguido aparten la nave objetivo con toda intensidad.

De la cabina de combate llegó la referencia exacta.

—El electro-gravitador a dos cero cinco.

—Está bien —repuso Athor.

Luego se abalanzó con movimiento febril sobre la pantalla luminosa en la que podía verse claramente la nave en que iban Alfred y sus amigos.

En la nave de Robert hacía rato que reinaba un silencio casi absoluto. Los minutos se iban sucediendo lentos y monótonos.

El piloto observó sus aparatos de control.

—¿Falta mucho para llegar a Mercurio? —preguntó Robert.

—No, jefe. Unos veintidós minutos.

—Ya tengo ganas de llegar —dijo Katherine.

—Recuerde —repuso Alfred— que la paciencia es la madre de todas las virtudes.

Katherine lo miró.

—Oiga usted, super-hombre —dijo con un gracioso mohín—, ¿es que a usted no le hace mella nada, ni el aburrimiento?

—Tengo una gran experiencia sobre el aburrimiento —repuso Alfred con una sonrisa.

—Sí, parece que usted tiene una gran experiencia de todo —dijo Katherine—, incluso... para la conducción de automóviles, ¿no es así?

—En efecto, veo que usted empieza a hacerme justicia —repuso Alfred.

—Y parte de esa justicia —contestó Katherine— sería enviarle a usted al cuerno; pero recuerdo que, al fin y al cabo, le debo la vida...

— ¡Bah! Eso no tiene importancia —dijo Alfred modestamente.

De pronto, el encargado de control transmitió un mensaje.

—Sucede algo raro en nuestros aparatos.

—¿Algo raro? —repuso Robert—. ¿Qué es ello?

—Parece ser que nos desviamos algo de nuestra trayectoria o que nuestros aparatos andan mal.

—Compruébelos inmediatamente.

El encargado de control lo hizo así.

—Pues no parece que vayan mal. No sé a qué atribuirlo.

—Vea la referencia con respecto a los grupos de protección.

El encargado de control hizo una comprobación.

—No son los instrumentos —dijo—, parece que nos apartamos realmente de los grupos de protección.

—¡Piloto! —ordenó Robert—. Rectifique el rumbo. Nos estamos apartando demasiado de los grupos de protección.

El piloto maniobró con los mandos. Unos segundos después volvía a preguntar Robert:

—Control, vea ahora cuál es nuestra posición.

—Seguimos apartándonos de los grupos de protección,

—Pero, ¿qué demonios nasa ahí? —dijo Robert—. ¡Piloto, le he dicho que varíe el rumbo!

—Así lo estoy haciendo, pero no puedo conseguirlo. Parece como si no funcionaran nuestros mandos.

—¿Qué dice? —preguntó Obermeyer—. ¿Que no funcionan nuestros mandos?

—Tampoco es eso precisamente —repuso el piloto—. En realidad todos los instrumentos, funcionan; sin embargo, no consigo variar de rumbo.

Alfred miró a todos con una mirada circular.

—¿Eso tiene alguna explicación, Robert?

—No, Alfred, no sé que explicación darte.

—¿Se ha cerciorado usted bien, piloto?

—Sí, estoy completamente seguro, teniente Dawson. Los mandos funcionan. Sin embargo, nuestra astronave se va apartando lentamente de los grupos de protección.

De pronto, sintieron todos una sacudida. La nave había dado como un salto inesperado.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó Robert.

—En estos momentos —repuso el encargado de control— nos apartamos definitivamente de nuestro rumbo, a gran velocidad.

—¡Pronto! —dijo Robert— Comunique con el jefe del grupo de protección!

El encargado de control intentó comunicar. —No puedo comunicar, señor. Hay una interferencia total de nuestras ondas.

* * *

En el cuartel general del campo de experimentación, el general Widmark miraba con asombro la pantalla telescópica y consultaba unos instrumentos.

—Pero ¿qué sucede aquí? —dijo en voz alta.

El profesor Panther, que observaba atentamente, contestó:

—Parece como si el aparato del profesor Robert se separara de los grupos de protección. ¿Han intentado comunicar con él?

El jefe de máquinas respondió:

—Sí, mi general, pero es inútil. No podemos establecer comunicación.

—Es preciso —repuso Widmark— comunicar con el coronel Pereira.

El encargado de máquinas hizo funcionar la emisora de teleradar.

—¡Aquí el coronel Pereira!

—Coronel Pereira —dijo el general Widmark—, ¿puede saberse qué diablos pasa?

—No lo sé, mi general. Hemos observado que el aparato del profesor Robert se distancia de nosotros.

—¿Pero qué explicación les ha dado a ustedes?

—No hemos podido establecer contacto con el profesor Robert —fue la contestación del coronel Pereira.

—¡Bueno! ¡Esto es para volverse loco! ¿Ha visto usted alguna posibilidad de ataque, algún enemigo?

—No, mi general. Todo el espacio que alcanza, no sólo nuestra vista, sino nuestros instrumentos, y está libre de cualquier posible

enemigo.

—Desplacen ustedes un grupo para tomar contacto con el profesor Robert. Quizá han tenido alguna avería.

—Así lo haré, mi general.

El coronel Pereira dio una orden.

—Grupo «A». ¡Aproxímense al aparato del profesor Robert!

—Grupo «A», pronto a cumplir la orden —fue la respuesta.

Tres aparatos del primer grupo se desviaron de su trayectoria y, a toda la marcha de sus motores, montaron aproximarse al aparato del profesor Robert.

En aquel mismo momento, Athor, desde su nave de mando, dio una orden escueta:

—¡Atención todas las escuadrillas de choque a mi mando! ¡Entren en combate!

Rápidamente las naves se dirigieron en orden de combate a enfrentarse con los dos grupos de protección. Una de las escuadrillas enfrentó especialmente al grupo «A», que se dirigía hacia la nave del profesor Robert.

En la cabina de mando del coronel Pereira el más vivo asombro se pintó en el rostro de todos.

—¡Coronel! ¡Coronel! —dijo el piloto—. ¡Mire!

El piloto acababa de señalar la dirección tomada por el grupo «A», en ese mismo momento, los tres aparatos refulgían a impulso de una poderosa explosión. Era una blanquísima llama que, un segundo después no dejaba más que una leve estela de humo.

—Pero, ¿qué es eso? —gritó el coronel Pereira. —¿Cómo demonios pueden haber estallado esos aparatos?

—No sé, mi coronel.

—¿Han observado en los aparatos de control alguna anomalía?

—No, mi general —dijo el encargado de control.

De improviso, fueron surgiendo cegadoras llamaradas que sustituían a las que antes habían sido las astronaves del grupo de protección.

El coronel Pereira comunicó a toda prisa con el cuartel general de Widmark.

—¿Qué sucede, coronel? Estamos observando cosas extrañas —dijo la voz de Widmark.

—Mi general, es imposible decir lo que sucede. Nuestros aparatos estallan en el espacio…

—Pero ¿ven ustedes a alguien por los alrededores? —rugió el general Widmark.

—No, mi general. Nosotros creemos…

En ese momento fue interrumpida la comunicación del coronel Pereira. La pantalla telescópica del general Widmark dejó ver cómo una inmensa explosión desintegraba en una fugitiva llamarada lo que hasta entonces fue el aparato del coronel Pereira.

Widmark, Panther y los demás miembros que se encontraban en la cabina del general estaban asombrados y se miraban con los ojos desorbitados por la angustia.

El general Widmark vaciló un instante, pero reaccionó rápidamente. Dio a un conmutador y puso su cabina de mando en contacto con todo el campo de experimentación. Los altavoces del campo rugieron la orden del general Widmark.

—¡Atención, posición «Z-O Vida»! Pongan en marcha el dispositivo de seguridad. ¡Atención! ¡Prepárense para el combate!

Luego, volviéndose a su ayudante:

—Comandante Thowson, ordene inmediatamente la salida de todas las demás naves que estaban preparadas para el viaje; asimismo, que salgan pertrechadas para el combate todas las naves que haya disponibles en el campo.

Las órdenes se fueron transmitiendo con celeridad y poco después una bandada inmensa de astronaves iba despegando con precisión matemática en dirección e la posición ocupada por la astronave de Robert.

* * *

En el interior de la astronave de Robert reinaba la mayor confusión.

—¿Cómo es posible que hayan sido destruidos los dos grupos de protección? —dijo el profesor Obermeyer, lleno de asombro.

—Realmente, no sé qué pensar —contestó Robert—. Esto parece una pesadilla.

—¿Por qué dice usted, profesor Obermeyer, que han sido destruidos?

—Bueno, realmente —contestó éste— quiero decir que es ese el efecto final, o sea, no sé si han sido destruidos por una fuerza externa o por ellos mismos.

—Ya resulta un poco extraño —dijo Alfred— que aparatos que han hecho tantas veces este trayecto puedan sufrir una avería que afecte de la misma manera a todos.

—Pero el hecho es —dijo Robert— que así ha sucedido.

—Sí —asintió Alfred— pero ¿por qué a nosotros no nos ha sucedido lo mismo?

—Pero nosotros tampoco volamos normalmente —dijo

Katherine—; estamos siendo desviados de nuestra trayectoria, a pesar nuestro.

—Quizá los mecanismos no vayan bien —dijo Alfred.

—No, están comprobados —contestó el piloto.

Alfred miró la pantalla en la que se marcaba radáricamente el rumbo de la astronave.

—Oye, Robert. Mira.

Robert miró la pantalla que le indicaba Alfred.

—¿No encuentras algo raro en nuestra marcha?

—¿Qué quieres que vea de raro?

—Yo no sé si interpreto bien este aparato, pero diría que seguimos una trayectoria circular.

Robert puso mayor atención en lo que veía y confirmó lo anteriormente dicho. El profesor Obermeyer intervino:

—Sí, no cabe duda. Llevamos una trayectoria circular, aunque tenemos dos direcciones, una que lleva la dirección de la constelación Hércules, que podríamos calificar como el Vector rectilíneo de nuestra trayectoria y otra de tipo circular, es decir, dando vueltas en forma de circunferencia.

—¿Tampoco de eso puede deducir usted nada, profesor? —preguntó Alfred.

—Pues no. Sencillamente, no puedo deducir nada de esto. No hay fuerza natural que pueda producirnos este movimiento. Conozco perfectamente esta región. Sé cuáles son los campos gravitatorios y de ninguna manera puedo considerar que esto sea producto de un accidente.

—Entonces. ¿qué quiere usted decir, profesor? —preguntó Khaterine con voz temblorosa por la emoción.

—No me atrevo a sacar conclusiones —dijo amargamente el profesor Obermeyer.

—Quizá yo me atreva —dijo Alfred—. No sé por qué ni cómo, pero estamos siendo objeto de la voluntad de otros seres. La destrucción de los aparatos que nos escoltaban, la conservación del nuestro y la actual trayectoria, que llevamos, como dice el profesor Obermeyer, no puede obedecer a causas naturales. Por muy amarga que sea la conclusión, en buena lógica, no podemos deducir otra cosa sino que estamos siendo dominados por una voluntad ajena a la nuestra.

Robert interrogó al piloto.

—¿Es posible la comunicación con el Cuartel General?

—No, profesor Robert. Lo estamos intentando sin cesar.

Los seres allí reunidos se miraron con la angustia reflejada en los

ojos.

—Resulta desesperante —dijo Katherine—. Es como caminar en medio de la noche sin saber adonde vamos ni dónde ponemos los pies.

El profesor Obermeyer miró la pantalla donde se registraba la trayectoria del aparato.

—No cabe la menor duda —dijo en voz alta—, estamos haciendo un extraño camino, dando vueltas sobre un punto central y desplazándonos, al mismo tiempo, en línea recta. Es un fenómeno que escapa a mis conocimientos y a mi imaginación.

El piloto dejó de luchar con los instrumentos.

—Lo siento, jefe —dijo dirigiéndose a Robert—. No puedo hacer nada. Quizás...

Se interrumpió como asustado de lo que Iba a decir.

—Quizás ha llegado nuestro último momento —concluyó Katherine—, ¿no es así?

Un pesado silencio llenó la cabina. Alfred fue el primero en reaccionar.

—No debemos pensar en esas cosas. Sólo Dios sabe cuál será nuestro último momento.

Katherine, inconscientemente, se había apretado contra el pecho de Alfred. Este la rodeó suavemente con su brazo y la atrajo hacia sí.

Katherine sintió en el gesto de Alfred un momentáneo alivio. No le parecía ya tan terrible la situación. Sin saber por qué, se sentía protegida por el abrazo cariñoso de aquel hombre que parecía estar hecho contra todas las adversidades.

CAPITULO VII

MIENTRAS Alfred y sus compañeros vivían los angustiosos momentos descritos en el capítulo anterior, en la nave interplanetaria que servía de puesto de mando a Athor reinaba también una gran agitación.

Danub y Athor observaban atentamente los instrumentos de control y una mirada de triunfo se reflejaba en el brillo de sus ojos.

—Lo hemos conseguido —dijo Danub.

—Sí —respondió Athor—. La operación ha salido como estaba prevista.

—¿Crees —continuó Danub— que habrán podido percatarse de la realidad total de lo que ha sucedido?

—No creo. Para ellos debe encerrar el máximo misterio todo lo que ha sucedido. La capa absorbente de luz de nuestro aparato, así como de los aparatos de las escuadrillas de choque que han intervenido en la operación, hacen nuestras astronaves invisibles de tal modo, que ellos no pueden sospechar nuestra presencia.

—Hemos conseguido —continuó Danub— destruir los grupos de protección; sin embargo, me sorprende que el aparato en el que se transporta el Neuterium fuera con tan poca escolta.

—No es tan sorprendente —respondió Athor—. En primer lugar, piensa que los terrestres no suponen aún la existencia de otros seres vivos, si no es en su propio sistema solar. Ellos conocen el sistema de Elitrón, pero no deben sospecharla existencia de seres humanos en nuestro sistema, al menos no han mostrado interés por ello.

—En cierto modo, lo comprendo —contestó Danub—. La expansión de los terrestres hacia el sistema solar suyo es relativamente moderna; les sobran territorios habitables en todo el sistema.

—Exactamente —respondió Athor—. Esto ha hecho que no se preocuparan de nosotros, pues hoy en día sus astronaves serían perfectamente capaces de llegar a cualquiera de los diecisiete planetas que componen nuestro sistema; sin embargo, pienso como tú, Danub, que resulta un poco extraño, si nos fijamos bien, el que llevara tan poca protección este aparato.

De pronto, el observador general de la astronave pasó un

informe por el servicio de radio interior.

—¡Aquí observatorio general! Se divisa la presencia de fuerzas enemigas.

Athor y Danub se miraron sorprendidos.

—Quizá ahí esté la respuesta a nuestra interrogante —dijo Athor.

Rápidamente se trasladaron a la cabina observatorio. En la pantalla telescópica de la cabina pudieron percibir las formaciones de astronaves que capitaneaba el general Widmark.

—¿A qué distancia están de nosotros? —.preguntó Athor.

El observador general hizo unos pequeños cálculos con un cerebro electrónico y respondió:

—Aproximadamente, a unos cincuenta y ocho minutos luz.

—Les llevamos mucha ventaja —terció Danub.

—Así es, pero es preciso que aceleremos.

Luego Athor dio una orden a máquinas.

—¡Atención, máquinas! Dejen la dirección de la constelación de Hércules. Orden de dirigirse rápidamente a nuestra base en el sistema de Elitrón.

La nave dio un giro veloz y se dirigió en línea recta hacia el objetivo previsto.

Athor puso en contacto el transmisor con las estaciones de las escuadrillas de choque y dio una orden.

—Atención, escuadrillas de choque. Intercepten al enemigo que se encuentra situado a unos cincuenta y ocho minutos luz en la dirección Sur- Suroeste.

Los jefes de las escuadrillas de choque dieron la conformidad a la orden recibida y se aprestaron a interceptar la gran formación de astronaves capitaneadas por el genera! Widmark. Athor dio otra orden a la sala de máquinas.

—¡Reduzcan la órbita de la astronave capturada!

Unos minutos después la nave de Alfred y sus amigos se aproximaba a la invisible nave de Athor, hasta situarse a unos ochocientos metros de la misma. La nave de Alfred y los suyos seguía girando incesantemente sobre un centro que era la nave de Athor. Los minutos fueron pasando para los tripulantes de ambas astronaves, para unos, con la angustia desesperada de la situación incomprensible por que atravesaban; para otros, con la febril impaciencia del triunfo que se encontraba ya al alcance de la mano.

Athor dio otra orden al jefe de máquinas:

—¡Reduzcan más el campo magnético!... Sitúen la astronave capturada a treinta metros de la nuestra.

La astronave de Robert se aproximó insensiblemente hacia el invisible centro sobre el que giraba como un satélite. En aquellos instantes, un gran grupo de hombres a mucha distancia del lugar de éstos, estaba observando apasionadamente la pantalla telescópica, en la que se reflejaba la situación de las astronaves de Robert y Athor. El jefe de aquel grupo, que no era otro que el Jefe Supremo para la Defensa del Sistema de Elitrón, apartó su mirada de la pantalla. Todos esperaron respetuosamente a que hablara. Este aflojó la tensión de los músculos de su cara y se dirigió a todos los demás.

—Creo que hemos conseguido lo que pretendíamos. Athor, como habéis podido ver, ha capturado la nave en que va el profesor Robert, jefe de la Operación Vida, y el Neuterium.

—Por fin —intervino otro— vamos a poder salvar nuestro sistema.

—Así creo —dijo el que había hablado el primero.

—Elicón —intervino un tercero—, ¿tenemos ya todas las cosas perfectamente dispuestas para hacer el disparo?

—Sí. Hace tiempo que están dispuestas.

—Por fin vamos a poder descansar —murmuró otro de los personajes allí reunidos.

En esta situación estaban cuando el equipo transmisor dio la señal de transmisión.

Elicón dio un conmutador. La voz de Athor se dejó oír:

—Nos dirigimos hacia nuestra base. Espero que llegaremos ahí en pocas horas.

—El Alto Mando para la Defensa del Sistema Elitrón te felicita, Athor. Esperamos emocionados tu regreso.

Athor escuchó desde su cabina las frases del Jefe Supremo para la Defensa y no pudo ocultar un brillo de satisfacción en su mirada. Luego, dirigiéndose a Danub comentó:

—Ha sido más fácil de lo que podíamos prever.

—Así es —dijo Danub—. La operación la hemos podido realizar sin una sola baja.

—Bien, es verdad —repuso Athor— que no hemos tenido bajas por nuestra parte, pero el enemigo sí que las ha tenido.

—Así es, Athor. No creas que me gusta destruir la vida de unos semejantes, pero era preciso. El instinto de conservación nos impulsó a realizar este acto.

—Eso está fuera de duda, Danub; pero es lamentable que así haya tenido que suceder.

Los dos hombres guardaron durante unos segundos silencio. El

pesado silencio de la cabina fue roto por un mensaje de la sala de máquinas:

—¡Atención, jefe del grupo! El metastámetro marca cinco rayas más.

Athor y Danub se miraron asombrados. Athor comunicó con máquinas.

—¡Repítame el informe!

La voz excitada del jefe de máquinas repitió:

—El metastámetro marca cinco rayas más.

—Esto quiere decir nuestro fin —exclamó Danub con tono do voz conmovido.

—Sí —dijo Athor, como ausente.

—No creo que podamos hacer nada.

Athor reaccionó y transmitió una orden:

—Eleven la temperatura veintitrés grados.

El encargado de máquinas respondió:

—Elevo veintitrés grados la temperatura.

Los hombres se miraron en silencio. Una honda preocupación Se reflejaba en sus caras. Ninguno de los dos se atrevía a decir nada. Por último, fue Athor el que habló:

—No sé si llegaremos a tiempo. Si el metastámetro no subiera más, quizá podríamos llegar hasta nuestra base.

Danub lo miró con una mirada de angustia que lo significaba todo. Los minutos fueron pasando en silencio hasta que el jefe de máquinas transmitió otro mensaje:

—¡Atención, Athor!... ¡Atención, Athor!... El metastámetro ha subido dos rayas más. Adiós, Athor... adiós, Danub.

Los dos hombres se miraron fijamente a los ojos y se abrazaron.

* * *

En el aparato de Robert reinaba un silencio impresionante, roto eventualmente por alguna frase de aliento de Alfred. Todos se miraban buscando en el gesto del otro el indicio de alguna explicación posible a cuanto sucedía, pero la cara fría e inmóvil de los hombres no respondía al interrogante más que con otro interrogante. Katherine los miraba a todos y sentía que su corazón se angustiaba por momentos. Alfred ejercía cada vez mayor presión sobre los hombros de Katherine, que seguía recostada sobre su pecho. De pronto el piloto hizo un movimiento de sorpresa.

—¡Profesor Robert! ¡Profesor Robert!... Mire usted a la derecha de nuestro aparato!

Todos miraron a través de las paredes transparentes de la

astronave y vieron con asombro como un inmenso platillo volante, de unos 40 metros de diámetro, había surgido de improviso y girando a velocidad vertiginosa. Durante unos instantes permaneció en suspenso en el vacío, y luego inició una acelerada calda en dirección vertical.

—Pero ¿de dónde demonios ha salido ese aparato? —preguntó Alfred.

—Es sorprendente —dijo el profesor Obermeyer.

—Parece de plata —comentó en voz alta Katherine…

—Sí, eso parece —repitió Alfred.

Robert se dirigió al piloto:

—¿De dónde venía ese extraño aparato?

—No podría decírselo, jefe. Miraba distraídamente en esa dirección cuando vi ante mis ojos ese extraño disco. Me sorprendí yo mismo de no haberlo visto llegar de esa dirección.

—Realmente es asombroso dijo Robert.

—No conozco ninguna astronave terrestre de esa forma y esas proporciones, y menos construida en plata a lo que parece.

—Tiene usted razón —dijo Obermeyer—. Nosotros no hemos producido ningún aparato semejante, y al decir nosotros no sólo me refiero a los que residimos en la Tierra, sino a todos los seres que residen en nuestro sistema solar.

—Verdaderamente asombroso —repuso Katherine.

El extraño disco había ido ganando velocidad, de tal forma que ya era casi invisible a los ojos de los ocupantes de la astronave terrestre.

—No comprendo lo que puede ser esto —dijo el profesor Obermeyer.

Pero no iba a ser esta la única sorpresa que iban a recibir en un breve espacio de tiempo los ocupantes de la astronave terrestre.

El piloto fue el encargado, otra vez, de romper el silencio con un grito no menos dramático, aunque esta vez teñido de un acento do entusiasmo.

—¡Profesor Robert!… ¡Profesor Robert!… ¡Funcionan ya los mandos de nuestro aparato!

—¿Cómo? —dijo el profesor Robert abalanzándose hacia la cabina del piloto.

—Sí, mire. Mire usted. Todo está normal. Ya puedo hacer actuar el aparato según nuestro criterio propio.

El piloto demostró lo que decía haciendo algunas evoluciones.

—¡Magnífico! ¡Magnífico! —exclamó el profesor Obermeyer sin poderse contener.

Katherine sintió que una oleada de alegría le invadía todo su ser. Luego, habiendo vuelto en sí de la situación angustiosa pasada durante el tiempo anterior, se percató de la posición en que se encontraba y se apartó con cierta violencia del abrazo de Alfred. Este la miró con una sonrisa. Katherine, comprendiendo la buena intención que había guiado a este, sonrió también.

—Perdone —dijo.

Una atmósfera de entusiasmo reinaba en el interior del aparato. Robert ordenó escuetamente al piloto:

—¡Dirección a Mercurio!... Toda la velocidad posible para nuestra astronave

—De acuerdo, jefe —respondió el piloto.

La astronave varió el rumbo seguido hasta entonces y se dirigió hacia la base de Mercurio.

—Parece que se ha solucionado la situación —dijo el profesor Obermeyer.

—Es magnifico, ¿verdad? —añadió Katherine.

Alfred seguía con el gesto pensativo.

—¿Qué te parece, Alfred? —preguntó Robert— ¿No te alegra la situación?

—Claro que me alegra —respondió éste—; pero no opino como el profesor Obermeyer.

—¿Qué quieres decir?

—No creo que se haya resuelto la situación. De momento somos capaces de dirigirnos por nuestros propios medios hacia nuestra base de Mercurio, pero... ¿qué explicación darle a todo cuanto nos ha sucedido?

En el rostro de todos los presentes se reflejó por unos segundos la angustia que provocaba la pregunta de Alfred.

—Bien —dijo Katherine—. Es cierto. No hemos encontrado todavía la explicación, lo cual quiere decir que todavía existe el peligro; pero nuestra situación actual es magnífica: hemos salido ya de la ratonera y volamos raudamente hacia nuestra base de Mercurio. Dios nos ayudará a llegar.

Diez y ocho minutos después de que Katherine pronunciara estas palabras, la astronave se encontraba en las proximidades de Mercurio. Robert ordenó al jefe de emisiones:

—¡Comunique con nuestra base de Mercurio!

Unos minutos después, desde Mercurio llegaba un mensaje de bienvenida.

—¡Aquí base en .Mercurio de la Operación Vida! Les damos la enhorabuena. Hemos seguido angustiados y casi desesperados la

situación por la que atravesaba el aparato de ustedes. Enviamos un gran contingente de fuerzas de protección para acompañarles en el último tramo de su camino. Esperamos darles un abrazo dentro de breves minutos.

La comunicación quedó interrumpida. La astronave se dirigía como un meteoro hacia su base en Mercurio. Algún tiempo después grandes formaciones de aparatos de combate salieron al encuentro de la astronave de nuestros héroes. Rápidamente evolucionaron hasta formarle un techo impenetrable y de esta manera hicieron el último tramo de su recorrido hasta que, lentamente, tomaron la vertical de descenso sobre el campo de aterrizaje de la base de Mercurio.

Realizado el aterrizaje todos saltaron al exterior con el rostro iluminado por la alegría.

El profesor Motta, jefe de la base en Mercurio para la Operación Vida, se adelantó para recibir a los viajeros.

—¡Querido profesor Robert! —dijo mientras abrazaba a éste—. ¡Cuánto me alegro de poderle estrechar entre mis brazos!

Luego, volviéndose al profesor Obermeyer:

—Y a usted también, profesor. Y a usted también, Katherine. Me perdonará, pero a usted también necesito abrazarla.

Katherine se prestó gustosa al momento de efusión bien intencionado del profesor Motta. Luego, Robert, dirigiéndose al profesor Motta, dijo:

—Profesor, le presento al teniente Alfred G. Dawson, de la policía de Chicago.

—Tanto gusto —dijo el profesor Motta, mientras estrechaba efusivamente la tendida mano de Alfred.

—Desde ahora trabaja con nosotros —fue la somera explicación que dio Robert.

—¡Encantado, encantado! —repetía el profesor Motta—. Me parece que todos cuantos elementos empleamos nos han de ser útiles.

Más tarde, mientras se dirigían a los pabellones destinados a los recién llegados, Robert dio una ligera explicación de lo acaecido.

—Sí, sí —asintió Motta—. Hemos estado observando todo lo sucedido. Ha sido desesperante. Nos veíamos impotentes para evitar lo que les ocurría. ¿Tiene idea de las causas de lo sucedido, profesor Robert?

—En absoluto, profesor. Nosotros sabemos tanto como ustedes. Vimos cómo nuestro grupo de protección era desintegrado en el aire, que, asimismo, una fuerza superior a la nuestra nos arrastraba

en una extraña dirección a la nuestra y seguíamos en línea recta hacia la constelación de Hércules, al mismo tiempo que nuestro aparato iba girando sobro un centro invisible. De todo punto incomprensible —terminó Robert.

—Bien, espero que haya obedecido a algún entraño fenómeno cósmico —dijo el profesor Motta.

—Así sea —dijo lúgubremente Alfred.

El profesor Motta lo miró sorprendido ante la inesperada contestación.

—¿Qué dice?

—Digo que así sea —contestó Alfred imperturbable.

Luego, el profesor Motta pasó a otro tema.

—También estamos pendientes de las fuerzas del general Widmark que salieron de su base en la Tierra, al objeto de intentar recogerlos a ustedes.

—Bien. Y ¿qué sucedió con ellos? —preguntó el profesor Obermeyer.

—Algo realmente extraordinario. También las primeras escuadrillas de los grupos del general Widmark estallaron en el aire desintegradas. Por un momento creímos que iban a seguir ese camino todos los demás aparatos, pero a la rápida sucesión de las primeras explosiones siguió un silencio absoluto y ya no se han visto molestados más. Deben encontrarse ya cerca.

En aquel momento el encargado de la torre de control daba una orden a todos los que se encontraban en la pista de aterrizaje, al objeto de preparar el aterrizaje a las fuerzas del general Widmark.

—¿Ha recibido el mensaje del general? —preguntó el profesor Motta al encargado de la torre de control.

—Sí, profesor. En estos momentos he recibido el mensaje del general Widmark, pidiendo se dispusiera todo para su próximo aterrizaje.

Alfred, Robert, Katherine y Obermeyer, acompañados por el profesor Motta, se dirigieron hacia tos pabellones, que alcanzaron minutos después. Sentados confortablemente alrededor de una mesa pudieron rehacer su ánimo con una copa de un coñac español.

El profesor Obermeyer comentó en voz alta:

—¡Cielos! Me hacía falta beber un poco de este coñac. Esto es capaz de resucitar a un muerto.

—¡Sírvase, sírvase más! —dijo el profesor Motta.

—Sí; pero vamos a beber todos juntos —dijo Robert.

Las copas fueron llenadas y todos las levantaron a un gesto de Robert. Este, con gesto grave y voz serena hizo un brindis:

—Por todos los que estamos aquí, de quienes el mundo de nuestro sistema solar espera tanto.

Todos juntaron sus copas y el profesor Obermeyer agregó:

—¡Por mi amigo, el profesor Motta! ¡Por los que acabamos de nacer hace unos minutos!

De un sorbo apuraron el contenido de sus copas, cosa que le costó a Katherine un buen golpe de tos, golpe de tos que Alfred ayudó a pasar, dándole unas cariñosas palmadas en la espalda, quizá un poco excesivamente fuertes.

Katherine se volvió hacia Alfred para decirle:

—¿Es que se ha propuesto usted acabar conmigo cuanto antes?

Alfred y los que estaban allí reunidos lanzaron una carcajada, con la cual quedó roto el ambiente angustioso que había presidido las últimas horas de los allí reunidos.

El profesor Motta intervino de nuevo:

—Bueno, creo que lo mejor para todos será que se retiren a descansar. Si quieren, yo me encargaré de comunicar al general Widmark todo lo que me han dicho.

—Sí, creo que será lo mejor —dijo el profesor Obermeyer—. Debemos descansar un poco. A mí me está haciendo mucha falta dormir algunas horas.

—Descansen, pues —dijo el profesor Motta—. No se preocupen de nada, que yo dispondré de todo lo necesario.

Luego, acompañados por servidores de aquella base, fueron conducidos cada uno a sus respectivas habitaciones.

CAPITULO VIII

A la mañana siguiente Alfred se despertó con un ligero sobresalto. Abrió los ojos y agudizó el oído. Efectivamente, parecía oírse un pequeño tumulto en el exterior del edificio. Rápidamente saltó de la cama y se vistió. El tumulto parecía ir subiendo de tono. Con un paso apresurado se dirigió a la salida, hasta encontrarse en el exterior del edificio.

Lo que estaba viendo no era ningún buen presagio. Las gentes encargadas de la custodia de la base se movían en todas direcciones con paso nervioso y a veces éste adoptaba la forma de una carrera; al mismo tiempo se hablaban en voz alta y se cruzaban las órdenes rápidas y secas como latigazos. Extraordinariamente sorprendido se dirigió hacia el despacho central de la base.

Cuando llegó allí encontró al general Widmark, rodeado del profesor Obermeyer, el profesor Motta y ocho o diez auxiliares más. Cuando Widmark se dio cuenta de la presencia de Alfred, se dirigió hacia él rápidamente.

—Pase, pase usted, Alfred. Algo muy grave ha sucedido.

Alfred hizo acopio de toda su serenidad, para no perder los nervios, como parecía los habían perdido los allí reunidos.

—¿Qué es lo que sucede? —dijo con voz serena.

—El profesor Robert y Katherine han desaparecido —fue la asombrosa respuesta.

—¿Que han desaparecido? ¿Qué quiere usted decir, mi general?

—Sencillamente eso. No podemos encontrarlos por ninguna parte.

—Pueden haber salido a dar un paseo.

—No se trata de eso —intervino el profesor Obermeyer—. También ha desaparecido el Neuterium.

— ¡Cómo! Eso que ustedes dicen es terrible.

—Y desgraciadamente cierto —contestó el general Widmark—. Las habitaciones de Katherine y del profesor Robert muestran signos de violencia y el lugar donde ayer depositamos el Neuterium ha sido violado.

Alfred sintió que su corazón se sobresaltaba. Cuanto sucedía era terrible, pero el pensamiento de que Katherine hubiera sufrido un serio percance lo ponía fuera de sí.

—Hay más —continuó el general Widmark—. En la habitación

del profesor Robert ha aparecido una estatua como las que usted ya conoce.

Sin perder un segundo más, y a petición de Alfred, se trasladaron al edificio en que se guardó el Neuterium durante la pasada noche. Todas las puertas habían desaparecido como por arte mágico.

—¿Y la guardia? —preguntó Alfred.

—Ha desaparecido también —contestó el general Widmark.

—Quizás el procedimiento empleado para esta extraña desaparición ha sido el mismo que utilizaron los atacantes de Katherine cuando se desintegraron en nuestra presencia.

—Eso pienso yo, Alfred.

—¿Podemos ver las habitaciones de Robert y Katherine?

—Vamos allá.

El grupo de preocupados hombres se dirigió hacia el lugar deseado. Las habitaciones de Katherine y Robert aparecían en completo desorden. El profesor Obermeyer llamó la atención de Alfred sobre algo que había detrás de la puerta abierta. Se trataba de una extraña estatua de plata igual a las encontradas en el lago Michigan y en la Posición Escondite. Alfred la observó atentamente.

—En efecto, es la misma técnica seguida por el extraño escultor o los extraños escultores desconocidos.

La absoluta perfección de todos los trazos de la estatua era realmente asombrosa. La única diferencia con la encontrada por él, era la posición. Esta estatua se encontraba arrodillada, con los brazos apoyados en la espalda de una butaca y la cabeza hundida sobre el pecho, con los ojos cerrados y con una expresión casi dolorosa.

Alfred miró atentamente hasta que la voz del profesor Obermeyer lo sacó de su abstracción.

—¿Qué opina, teniente Dawson?

—Sí, se trata de una estatua de plata de la misma factura que la encontrada en el lago Michigan.

El profesor Obermeyer dijo de nuevo:

—Y realmente es una estatua de plata. El más somero análisis de la misma conduce a la evidencia de lo que afirmo.

—Bueno, pero con esto no conseguimos nada —terció el general Widmark—. ¿Qué podemos deducir de ello? Eso es lo importante.

Alfred se volvió hacia el general Widmark.

—Por ahora no puedo deducir nada, mi general. Es realmente sorprendente lo que sucede, pero es casi imposible colegir cualquier cosa con lógica y fundamento de lo visto.

El general Widmark frunció las cejas con un gesto de contrariedad.

—Así es, teniente Dawson. No hay forma posible de deducir nada de lo que sucede. Ha dado orden a todos los componentes del Alto Estado Mayor del sistema solar para la reunión que se realizará esta tarde.

—Pero ya le he advertido, general Widmark —dijo el profesor Panther— que los residentes en Urano, Neptuno y Plutón, no podrán llegar para esta tarde.

—Ya lo sé, mas, a pesar de todo, celebraremos la reunión —respondió Widmark.

Luego, todos fueron saliendo de aquella habitación, excepto Alfred, que se quedó haciendo una investigación más detallada del suceso. Después de una hora de infructuosa búsqueda, Alfred decidió abandonar la habitación, completamente descorazonado. Una idea vagaba por su cabeza, pero era tal la magnitud de la misma que no se atrevía ni a darle forma. Deambuló al azar por los jardines que había a la parte posterior de las edificaciones, hasta, que se sentó en un banco. Cada vez la sospecha iba creciendo en intensidad, pero ¿cómo negar a creer en aquello?

Sus meditaciones fueron rotas por la llegada del profesor Motta.

—Teniente Dawson, créame que estoy profundamente consternado. ¿Tiene usted alguna sospecha de lo que sucede?

—No, profesor Motta.

—¿No podrá —dijo el profesor Motta, con un ligero temblor en la voz— haber algún interesado en hacer fracasar la Operación Vida?

—Sí, yo pienso que así es —contestó Alfred.

—Y ¿quién demonios puede ser el que esté interesado en ello? No comprendo como nadie puede beneficiarse de su fracaso.

—Quizás haya alguien que se pueda beneficiar.

—¿Usted está al corriente de lo que es esta operación?

—Sí, me lo explicó el profesor Robert.

—¿Cómo, pues, se atreve a decir que puede alguien beneficiarse? Si la Operación Vida no se realiza, la muerte para todos los seres que habitan nuestro sistema solar es segura en un plazo no muy lejano, no más de 70 u 80 años.

—Eso es cierto —respondió serenamente Alfred— pero quizá estamos enfocando el problema de una manera equivocada. Quizás…

Alfred se detuvo.

—Quizá ¿qué? —dijo interesado el profesor Motta.

—Si no cree que me debe decir nada, no me lo diga —dijo comprensivo el profesor—. Nos es usted absolutamente imprescindible, teniente Dawson. Nosotros somos hombres de ciencia, estamos acostumbrados a hallar pistas, a investigar, a descubrir; pero son pistas que nada tienen que ver con los hechos de los hombres, son pistas sobre la energía o átomos, las estrellas o el espacio, el vacío o la luz. Usted es un hombre especializado en encontrar el por qué y el para qué de los hombres. Esfuércese usted, teniente Dawson, va en ello la vida de la Humanidad entera.

Alfred levantó sus ojos hacia aquel hombre y lo miró con simpatía profunda.

—Tenga la seguridad de que así lo hago.

Luego, el profesor Motta se despidió para dirigirse a las múltiples tareas que se le presentaban sobreañadidas a las ya muchas que tenía que realizar. Alfred se dirigió lentamente hacia la zona residencial y se introdujo en el comedor de la Residencia en que habitaba. Un sirviente, con una sonrisa amable, le salió al encuentro.

—¿Desea comer algo?

—Sí —dijo Alfred, al que nada en el mundo le quitaba el apetito —. ¿Qué puede proporcionarme?

—Hay de todo, profesor Alfred; puedo proporcionarle si usted quiere, huevos con jamón, extracto de algas proteínicas, vitaminas Alfa y frutas.

—Bien, prepáreme un menú. Hágalo abundante —añadió mientras el camarero se retiraba rápidamente a cumplir la orden.

CAPITULO IX

A las ocho de la tarde, el auditorium de la base en Mercurio de la Operación Vida, estaba completamente lleno por la asistencia de casi todos los miembros del Estado Mayor Supremo del Sistema Solar.

El general Widmark tenía el uso de la palabra.

—Señores: he de ser breve. Ya han recibido ustedes por el teleradar un mensaje exponiéndoles la situación por la que atravesamos. Es muy duro lo que tengo que decir, pero es lo cierto que alguien está interesado en hacer imposible la Operación Vida.

»Por la forma en que se han atacado los puntos más neurálgicos de nuestra operación, debemos deducir que se trata de personas enteradas de nuestros proyectos.

Un rumor acogió estas palabras del general Widmark.

—No cumpliría con mi deber si no expusiera tan claramente cuál es mi opinión. Como Jefe Supremo para la protección de la Operación Vida me veo obligado a llegar a estas conclusiones, pues no de otra manera puede explicarse cuanto ha sucedido. Quizá entre nosotros, y siento tener que decir estas palabras, se encuentra alguien dispuesto a hacer fracasar esta operación. Indudablemente ese alguien debe de estar loco, puesto que en la imposibilitación de esta Operación Vida va implícita su propia destrucción y muerte. Ningún ser normal podría, pues, atentar contra sí mismo, como está sucediendo.

Entonces el profesor Riquelme se levantó para preguntar:

—Y, si esto es así, ¿qué sugiere, mi general?

—Dada la consideración a la que hemos llegado el profesor Motta, el profesor Panther y yo, de que sólo un ser con las facultades perturbadas puede desear el fracaso de la Operación Vida, hemos decidido, si está de acuerdo la mayor parte del Estado Mayor Supremo, someter a todos sus miembros así como al personal de las distintas bases a un detenido examen psíquico. He de advertir que emplearemos el detector de mentiras. Siento mucho tener que adoptar esta decisión, pero creo que la situación la requiere.

Los distintos componentes del Estado Mayor Supremo, ante la gravedad de la situación, aceptaron este procedimiento.

El general Widmark dio, pues, las últimas instrucciones con respecto a lo que se pretendía:

—Entonces, señores, iniciaremos las pruebas por orden alfabético de los apellidos. El profesor Rochester con su equipo de psiquiatras, se hará cargo de la situación. El resultado do la misma se comunicará a la Jefatura restringida del Estado Mayor Supremo.

La sesión quedó levantada y todos, entre los más variados comentarios, se dirigieron hacia los pabellones de la base en Mercurio, en espera de ser llamados para el examen psíquico.

Alfred deambuló por la base, absorto en sus propios pensamientos. Tan abstraído estaba que se sorprendió cuando una voz amistosa sonó a su lado, al mismo tiempo que le pasaban un brazo por los hombros.

—¿En qué piensa, teniente Dawson?

Era el profesor Panther.

—Pienso en muchas cosas y en nada —fue la respuesta.

—Estamos en una situación verdaderamente apurada.

—Puede usted tener la seguridad de que es así.

—¿Y usted cree que el Neuterium puede haber desaparecido sin más ni más? ¿No será esta una acción del profesor Robert, el cual como máximo responsable ha querido tomar las precauciones debidas?

—No, teniente Dawson. El profesor Robert no hubiera hecho eso sin consultar con el general Widmark, el profesor Obermeyer y conmigo, que somos la Jefatura restringida del Alto Estado Mayor Supremo.

—Era sólo una hipótesis, profesor Panther, en la que yo mismo no creía. Dígame, profesor: ¿Es posible que hayan seres humanos fuera de nuestro sistema solar?

El profesor Panther tomó la palabra:

—Como usted sabe, teniente Dawson, existe otro sistema solar muy próximo al nuestro. Se trata del sistema de Elitrón. Ese es un sistema con una estrella central y diez y siete planetas girando a su alrededor.

—Y ¿no podría haber habitantes de ese sistema?

—Nuestras investigaciones sobre el mismo son relativamente modernas y poco claras.

—Y me pregunto, ¿cómo es posible que ustedes no hayan hecho ya una visita a ese sistema?

—Entre nuestro sistema y el sistema de Elitrón existe una parte bastante densa de la nube cósmica. Como usted sabe, la nube cósmica es una nube de vapores que se extiende por casi todo el Universo y que es independiente de todos los sistemas estelares del mismo. Esta nube está constituida principalmente por vapores de

calcio como lo demuestran las rayas «H» y «K» del espectro. También una parte importante de esa nube está constituida por el vapor de sodio que corresponde a la raya «D» del espectro. La situación por la que atraviesa nuestra galaxia desde que se produjo el desprendimiento de los núcleos estelares del interior de la misma hacia los brazos espirales es tal, que estos vapores se han irlo condensando de cierta forma que, en muchos sitios de esta nube cósmica, el sodio y el calcio, especialmente el sodio, han adquirido una densidad casi igual a la de un líquido normal y corriente en la Tierra. Suponemos que si nuestros aparatos con su gran velocidad trataran de traspasar uno de estos núcleos de la nube cósmica se desintegrarían. El peligro es tan grande y la necesidad de orientar nuestros esfuerzos hacia la Operación Vida es tan enorme que, tácitamente, decidimos no ocuparnos del sistema de Elitrón más que cuando tuviéramos resuelta la Operación Vida. Por lo tanto, los conocimientos que tenemos de este sistema son simples observaciones telescópicas y resultan muy deficientes, dada la gran densidad, como decía, de esta nube cósmica.

—Y en la actualidad ¿podríamos llegar hasta allí?

—Teóricamente, sí. Tenemos aparatos que pueden hacer ese trayecto; el sistema de Elitrón se encuentra a diez y seis horas luz de nosotros. A uno de nuestros mejores aparatos le podría costar unas treinta horas de viaje; pero solamente pocos aparatos nuestros lo pueden hacer. Aquí, por ejemplo, no tenemos ninguno que fuera capaz de ello.

—Entonces ¿a qué aparatos se refería?

—Me refería al tipo «Estrella Fugaz», de los que se poseen muy pocos, al servicio de los hombres de ciencia de los planetas más alejados de nuestro sistema, o sea, Neptuno y Plutón.

—Gracias por su informe, profesor.

—No tiene por qué dármelas.

* * *

El general Widmark fue sorprendido por la presencia de Alfred que había ido a buscarlo a su despacho.

—Mi general —le dijo Alfred—, estoy convencido de que cuanto sucede nada tiene que ver con la actitud criminal de ningún ser de nuestro sistema solar. Asimismo, pienso que sería conveniente hacer una investigación en el sistema de Elitrón.

—Pero, teniente Dawson, eso es imposible —fue la rápida réplica del general.

—Perdone que disienta, mi general. Me he informado por el

profesor Panther de la posibilidad de realizar este viaje.

—Pero tenga usted en cuenta que esto no se ha hecho nunca.

—Tampoco ha estado nunca tan en peligro la vida de la Humanidad entera.

—Estoy —dispuesto a emplear todos los medios para esclarecer este asunto por disparatados que pudiesen parecer, pero he de considerar que usted no está capacitado para hacer este vuelo.

—Pero yo puedo acompañarle —intervino el profesor Panther—. He escuchado sin querer lo que decían y me veo forzado a intervenir.

—Vaya —dijo el general Widmark—. Esto parece una conspiración.

—Creo que debe usted hacer caso al teniente Dawson —continuó Panther.

—Aunque así fuera, no disponen ustedes de aparato capaz de hacer ese viaje, al menos por el momento.

En aquel instante los altavoces del aeropuerto transmitieron una orden:

—¡Atención!... Despejen la pista de aterrizaje. Llegan nuevos aparatos.

El general Widmark arrastró a sus dos amigos hacia la cabina central del campo. Cuando estuvo allí preguntó al encargado:

—¿Qué aparatos van a aterrizar?

—No lo sé, mi general —dijo éste—. Acabo de recibir la llamada solicitando campo de aterrizaje.

—¡Comunique con ellos! —dijo secamente Widmark.

El encargado de control lanzó una señal de comunicación por la tele-emisora.

—Aquí B. M. «Vida». General Widmark al habla.

Desde los aparatos llegó la respuesta:

—Escucho, general Widmark.

—¿Qué aparatos son los que vienen?

—Dos aparatos de Neptuno, portadores del grupo del Estado Mayor que capitanea en Neptuno el profesor Zimmer.

—Está bien —respondió Widmark—. Corto la comunicación.

Luego, miró rectamente a los ojos de los dos hombres que le habían acompañado

—Todo conspira en favor de ustedes. Sería yo un insensato si no viera en ello un buen presagio.

Se detuvo un segundo y, luego, con voz llena de responsabilidad, dijo sencillamente:

—¡Prepárense para partir!

CAPITULO X

HACIA muchas horas que el aparato «Estrella Fugaz» volaba raudamente en dirección al sistema de Elitrón. Alfred abrió los ojos, pues había estado durmiendo durante algunas horas. A su lado el profesor Panther dormía también. Alfred se movía lo más silenciosamente posible, al objeto de no despertar a aquel hombre, pero sin éxito. Unos segundos después el profesor Panther abría los ojos.

—Buenos días, amigo Alfred, o buenas noches, porque es difícil saber qué demonios de hora es en esta oscuridad que nos rodea.

—En estos momentos —dijo Alfred, observando su side-reloj— son las diez y veinticinco minutos, según hora terrestre.

—¿Entonces llevamos ya más de veinticinco horas de vuelo?

—Así es.

Los dos hombres se dirigieron a la cabina del piloto:

—¿Qué hay? ¿Cómo van las cosas? —preguntó Alfred.

—Hasta ahora bien. Estaba a punto de despertarles.

—¿Qué sucede?

—Nada, pero nos encontramos ya a muy poca distancia de la nube cósmica.

Alfred miró a Panther.

—Sí, teniente Dawson, ha llegado el momento de la prueba.

—Dé orden —continuó el profesor Panther dirigiéndose al piloto— de que se emitan incesantemente ondas de tipo foto-radáricas. Si encontramos algún núcleo denso de sodio o de calcio las ondas foto-radáricas nos lo indicarán.

El piloto dio unas instrucciones a la sala de máquinas.

—¡Sala de máquinas! Ondas foto-radáricas en todas las direcciones, proyectadas a una distancia mínima de 600 mil kilómetros.

El profesor Panther encendió una pantalla convexa en la que se iba reflejando la trayectoria de las ondas radáricas. A los pocos minutos de esta nueva situación, la pantalla registró el trazo de uno de los núcleos de ondas emitidos.

El profesor Panther comunicó al piloto:

—Dirección Norte-Noreste. Desvíe dos grados coma, tres, la trayectoria que llevamos.

El piloto obedeció automáticamente. Un instante después el

profesor Panther volvía a comunicar:

—Desvíe cinco grados veintidós minutos.

El piloto lo realizó, pero en la medida que el aparato iba progresando, los obstáculos de calcio y de sodio se iban presentando de tal modo que apenas si daba tiempo al profesor Panther de dar la instrucción correspondiente y al piloto a maniobrar.

Entonces el profesor Panther dijo:

—Ponga el piloto foto-eléctrico. Creo que será más seguro. Si no, no tendremos tiempo para hacer las maniobras. Es más seguro el reflejo mecánico que el propio reflejo de usted.

El piloto obedeció la sucinta orden de Panther.

El aparato comenzó un zigzaguear terrible, cambiando de rumbo a cada instante. Así fueron pasando los minutos angustiosamente. Por último, tolas las ondas emitidas en sentido frontal fueron rechazadas y registradas en la pantalla de control

—Profesor Panther —dijo el piloto—. Creo que ahora nos encontramos ante un muro de obstáculos. Sería imposible pasar.

El profesor Panther observó la pantalla:

—Sí —dijo—, ya no hay camino abierto para atravesar los obstáculos.

Durante unos segundos los hombres permanecieron en silencio. Luego, el profesor Panther dio una orden.

—Ponga el piloto automático en vuelo vertical. Veremos si ese muro tiene un final.

El piloto hizo lo ordenado. Durante minutos, que parecieron siglos, fueron volando en la vertical con el mismo resultado, en cuanto a las ondas rechazadas. El más absoluto silencio reinaba en el vacío.

—No lo conseguiremos —dijo el piloto—. No lo conseguiremos.

Alfred lo miró.

—Domine sus nervios. No debemos dejarnos vencer a la primera dificultad.

El tiempo iba pasando sin que los resultados se modificaran. Alfred miró a su reloj y vio que habían transcurrido seis horas desde que el aparato tomara la vertical.

—Bueno, creo que debemos dar un bocado —le dijo al profesor Panther.

—Sí, creo que todos debemos hacerlo —dijo éste al piloto.

—Yo me quedaré aquí —dijo el piloto—. Comeré después que ustedes. Es preciso vigilar esto.

Panther y Alfred se dirigieron hacia el comedor. No habían

hecho más que sentarse, cuando el altavoz que comunicaba con la cabina del piloto envió un mensaje de éste.

—Vengan, vengan en seguida.

Los dos hombres, que a duras penas habían conseguido dominar sus nervios, se dirigieron hacia la cabina.

—¡Profesor, profesor!... Las ondas foto-radáricas ya no son reflejadas por ningún obstáculo.

Panther miró la pantalla y confirmó lo que decía el piloto.

—Efectivamente. Creo que hemos vencido el muro de la nube cósmica.

Poco después, el aparato desviaba su trayectoria en ángulo recto y en la pantalla telescópica los allí reunidos pudieron observar una gran parte del sistema de Elitrón con su bellísimo sol casi en el centro.

—¡Victoria!... ¡Victoria! —dijo el profesor Panther—. Parece que hemos conseguido vencer la primera etapa.

—Y quizá la más difícil de nuestro viaje —dijo Alfred.

Luego, dirigiéndose al piloto:

—¿Cómo podríamos aterrizar?

El piloto consultó sus cartas.

—La posición más próxima —dijo— es el planeta número doce. Se encuentra escasamente a tres minutos luz de distancia.

—Pues vamos a él —dijo Alfred.

Y en aquellas breves frases no sospechaba el gran acierto que la casualidad les había deparado.

* * *

Los dos seres se miraron profundamente a los ojos. Robert cogió una de las manos de Katherine y se la oprimió dulcemente para infundirle aliento. Así fueron pasando las horas sin que pudieran deducir dónde se encontraban ni quiénes eran sus raptores, pues nadie aparecía por allí. Después de un tiempo que no podría precisar Robert, una extraña luz inundó la estancia. La extraña cúpula en la cual se encontraban prisioneros, de unos doce metros de diámetro y cinco de altura, comenzó a elevarse. Cuando la cúpula hubo ascendido cosa de unos dos metros, la luz fue aminorándose y Robert y Katherine pudieron ver que se encontraban rodeados de un centenar de hombres, a lo que parecía, armados, aunque las armas que mostraban no eran de tipo conocido por Robert. De este grupo se destacaron dos hombres. Robert y Katherine se pusieron en pie. De los dos miembros destacados entre sus aprehensores, uno de ellos se detuvo a pocos metros de los dos

prisioneros, mientras que el otro avanzó unos pasos más hasta situarse a escasa distancia de Robert y Katherine.

—No temáis, terrestres —les dijo—. Os ruego que atendáis nuestras instrucciones y no intentéis atacarnos.

Robert se sorprendió de la perfección con que éste hablaba el idioma universal de la Tierra.

—¿Puedo saber quiénes son ustedes y dónde estoy?

—Pronto lo sabrás, terrestre. Ahora te rogamos que nos acompañes; desde luego, te advierto que será inútil que intentes defenderte, te encuentras muy lejos de la Tierra.

Robert y Katherine aceptaron las instrucciones de sus guardianes. Con paso decidido emprendieron la marcha flanqueados por el centenar de guardianes que habían sido dispuestos para tal efecto.

Después de andar unos centenares de metros, el desconocido les invitó a subir a un extraño vehículo que se encontraba estacionado allí, Katherine y Robert obedecieron y el vehículo arrancó suavemente, Katherine, que observaba por una de las ventanillas, se volvió sorprendida hacia Robert.

—No vamos por tierra, jefe.

El que parecía jefe del grupo se volvió hacia ellos.

—No, no van por tierra. Este es un vehículo aeroterrestre. Como tenemos prisa, utilizamos el camino espacial, por ser más rápido.

—No comprendo en qué planeta de nuestro sistema podemos estar —comentó Robert en voz alta.

El jefe de la expedición sonrió y se volvió de nuevo.

—Profesor Robert, no se encuentra usted en ningún planeta del sistema solar.

—¿Qué dice este hombre? —preguntó Katherine.

—Se encuentran ustedes en el planeta número doce, según la nomenclatura que ustedes emplean, del Sistema de Elitrón.

—Pero esto es imposible —contestó Robert.

—Así es, profesor.

Luego Robert intentó sacar algunos datos más, pero tropezó con el mutismo hermético de su aprehensor. Después de unos minutos de vuelo llegaron a un núcleo de grandes edificaciones, sobre la terraza de una de las cuales descendió el gran aparato. Los encargados del servicio en esta terraza se aproximaron para abrir las portezuelas con gesto solícito y a una señal del jefe del grupo se dirigieron te deis hacia el centro de dicha terraza. El encargado de la custodia de Robert y Katherine les hizo detenerse sobre un pequeño círculo, de unos tres metros de diámetro, que parecía una

bruñida plancha de acero.

—No se asusten —fue la única instrucción que les dio.

Luego hizo un signo al encargado del servicio y aquella pequeña plataforma se hundió suavemente, penetrando en el interior del edificio. Citando llegaron al lugar de destino se abrió una pequeña puerta y salieron todos.

Deambularon por los pasillos de aquel edificio hasta que un guardia armado les detuvo delante de una puerta. El encargado de la custodia dio una consigna y las puertas se abrieron.

Se trataba de una gran sala, en el centro de la cual habla una mesa semicircular; detrás de la misma estaba sentado un hombre. Robert aún tuvo serenidad suficiente para examinar a aquel ser. En cualquier otra circunstancia lo habría tomado por uno de los muchos sabios que conocía en la Tierra. Se trataba de un hombre de unos setenta años; su pelo era blanco y estaba crecido hasta caerle casi por los hombros. El hombre indicó con una sonrisa que se sentaran.

—Está usted sorprendido, profesor Robert, y usted, señorita.

—No puedo negarlo —dijo Robert— y no sólo me sorprende esta situación, sino que la repruebo. El más elemental derecho le impide a usted el proceder como lo ha hecho con nosotros.

El anciano asintió con una sonrisa en la que se reflejaba un matiz triste y melancólico.

—Profesor Robert, tiene usted razón; pero comprenderá que yo tampoco he decidido actuar de esta manera, si no fuera porque poseo también mis razones.

»Me veo obligado a hacer una breve historia. Como usted sabe, éste es el Sistema de Elitrón; millones y millones de seres pueblan los planetas de que éste se compone. Desde hace mucho tiempo tenemos idea de la existencia de ustedes en el Sistema Solar. Nos hubiera sido fácil entrar en contacto con ustedes, puesto que disponemos desde hace muchos miles de años de los aparatos necesarios para ello; pero desde hace mucho tiempo nos encontramos absortos en un problema gravísimo y este problema consiste en que nuestro Sol está al borde de extinguirse. Si usted puede permanecer en esta habitación actualmente, sin morir en seguida, es gracias a que nuestra técnica ha conseguido un sistema de calefacción atómica que afecta a toda nuestra atmósfera.

El hombre se detuvo unos instantes, mientras Robert escuchaba fascinado aquel relato.

—Pero la situación no puedo prolongarse. Nuestra capacidad de calentar el sistema ha llegado a su límite. Necesitamos los rayos

benéficos de nuestro Sol, y lo llamo Sol —dijo el anciano— para que usted me entienda, pues es el nombre que dan ustedes a la estrella que les suministra calor y energía. Poro este sol, como les decía, está al borde de extinguirse. Sé que ustedes padecen el mismo problema, pero el proceso de, llamémosle muerte, de la estrella solar de ustedes aún tardará algún tiempo. Nosotros —y aquí la voz del anciano le tembló— tenemos, según nuestros cálculos, dos años de vida.

El anciano se detuvo un instante y continuó:

—El más elemental instinto de conservación nos obliga a defender a todos los seres del sistema de Elitrón de la muerte que se les avecina.

—Sí, pero con raptarnos a nosotros no conseguirá usted evitarlo —fue la respuesta de Katherine.

—Siento decepcionarla, señorita; pero sí lo *evitaremos*.

—Y ¿de qué modo, puede saberse? —preguntó Robert.

—No son ustedes el único botín que nos hemos traído de Mercurio. También hemos conseguido apoderarnos del Neuterium.

—¡Cómo! —exclamaron al unísono Katherine y Robert.

—Sí. Cuando fracasó nuestra operación, que intentaba aprisionar la astronave de ustedes en la que creíamos equivocadamente que se transportaba el Neuterium, tuve que hacer retroceder nuestros aparatos de combate que habían salido a enfrentarse con las fuerzas del general Widmark. Un mensaje de nuestros agentes en la Tierra nos advirtió del error en que estábamos. Entonces transmití las órdenes oportunas a nuestro comando de Mercurio, los cuales actuaron con más suerte que Athor y Danub. Nuestros hombres de ciencia no consiguieron la fórmula obtenida por usted y los suyos para hacer un proyectil de Neuterium. Desde hace muchos años que tenemos el procedimiento para liberar neutrones en gran cantidad, pero todos nuestros intentos para condensarlos en un núcleo pesado y darle cierta estabilidad fueron inútiles. Por medio de nuestro radio sondeador hemos estado al corriente de las experiencias realizadas por ustedes y vimos que conseguían lo que no pudimos conseguir nosotros. Desconocíamos exactamente la fórmula, pero así y todo, los cálculos más optimistas nos inducen a pensar que necesitaríamos más de cien años para conseguirlo. Nuestro Sistema Solar, como les he dicho, tiene dos años de vida. El de ustedes, cincuenta. Tampoco ustedes podrán volver a hacer un proyectil de este tipo en menos de cien años. La partida está en que uno de los dos sistemas tiene que perecer.

—Está bien —dijo Robert—. A veces, la fuerza gana a la razón,

pero no creo que ustedes puedan conseguir su objetivo. El aparato que dispara este proyectil no conseguirán ustedes hacerlo en dos años. Los terrestres tardaron noventa y seis en producirlo.

—En eso se equivoca —dijo el anciano—, porque hace más de setenta años que nosotros estamos fabricando ese cañón, según el modelo y datos que hemos podido captar de ustedes. Dentro de cinco días exactamente se producirá el disparo sobre nuestra Estrella Rebur, con lo cual la vida de nuestro Sistema se prolongará durante cientos de miles de años.

El anciano terminó y Robert y Katherine se miraron angustiados, sin atreverse a decir nada.

El anciano continuó:

—Aunque la situación nos enfrenta en esta lucha a muerte, puedo asegurarles que no soy un enemigo personal de ustedes.

—Entonces —dije Robert—, ¿fueron ustedes los causantes del desastre de la Posición Escondite? ¿Cómo pudieron conseguirlo?

—Teníamos que destruir aquello para apoderarnos del Neuterium. La única manera de conseguirlo, sin destruir el Neuterium, era atacando con rayos ultravioleta. Precisamente a la altura de la Posición Escondite lanzamos sobre la capa de ozono que envuelve a la Tierra un poderoso chorro de partículas muy pequeñas cargadas con electricidad del mismo signo que las cargas del ozono. Al repelerse entre sí estas partículas y los átomos de ozono, quedó un camino abierto por donde se precipitaron en masa los rayos ultravioletas, con los efectos que usted ya conoce.

Robert no pudo menos que admirar, como hombre de ciencia que era, la sagacidad y graneles conocimientos de aquellos seres.

—Pienso —dijo llevado por su insaciable curiosidad científica— que también fueron ustedes los responsables de la extraña desviación de nuestra astronave en nuestro viaje hacia Mercurio.

—Así es. Una de nuestras naves interplanetarias los seguía de cerca. Al generar un poderoso campo magnético los atrajo hasta hacerlos girar como un satélite artificial.

— ¡Pero no pudimos detectar la presencia de ningún aparato en nuestras proximidades! —exclamó Robert.

—Me consta de que es cierto lo que dice. Algunos de nuestros aparatos de combate van provistos de una capa o envoltura que absorbe las ondas luminosas y radáricas, con lo cual conseguimos una invisibilidad perfecta. Si ustedes hubieran empleado un espectrógrafo de masas habrían podido localizarnos fácilmente, aunque no nos hubieran visto.

—¿Y cómo es posible que estando ustedes tan adelantados

técnicamente no hayan podido conseguir la fórmula para conseguir densificar el Neuterium?

—Es una jugarreta del destino. ¿No le ha sucedido alguna vez, profesor Robert, resolver complicadísimas ecuaciones y, sin embargo, equivocarse en una operación sencilla?

—¿Y por qué nuestros captores desistieron de su empresa?

—No desistieron. Murieron en el intento, afectados por el terrible mal de nuestro Sistema —contestó el anciano con amargura —. Creo haber satisfecho su curiosidad, profesor. Ahora les ruego que me dejen solo. Volveremos a vernos.

CAPITULO XI

EL aparato de Alfred y el profesor Panther se dirigía velozmente hacia el planeta número doce del Sistema de Elitrón.

—Todo ha salido a pedir de boca —dijo Alfred.

—Espero que no tengamos mayores contratiempos —contestó Panther.

—Profesor —dijo el piloto—, ¿Le parece bien que aterricemos en aquella llanura que hay a nuestra izquierda.

—Sí, me parece bien.

El piloto intentó la maniobra, masculló algunas maldiciones y se dirigió de nuevo al profesor

—Parece que no puedo maniobrar ahora

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó Alfred.

—-No lo sé, los mandos no me obedecen

—¿Una avería?

—No me atrevo a decir que sea una avería —contestó el piloto —. Estoy comprobando los mandos y no me parece que haya nada roto o deteriorado.

El piloto puso contacto con la sala de máquinas.

—Raymond, ¿qué demonios pasa?

—No lo sé, comandante. Estoy comprobando todas las instalaciones y no parece que haya ninguna avería.

—Parece ser que esto va a ser el final —dijo Alfred.

—No me gusta nada la idea de estrellarme contra el suelo —dijo Panther—. Es preciso encontrarle alguna solución.

El piloto maniobraba desesperadamente con los mandos. Por la referencia visual pudieron observar que la vertical seguida contra el suelo comenzaba a desviarse, hasta convertir la trayectoria en una suave curva que puso al aparato en sentido horizontal con respecto al suelo.

—Esto es más extraño todavía —dijo Panther—. No podemos accionar los mandos de nuestro aparato y, sin embargo, éste evoluciona de forma que por ahora se aleja el cataclismo que nos aguarda.

—Creo, profesor Panther, que está sucediendo lo mismo que cuando nos dirigíamos el profesor Robert y yo hacia Mercurio. También entonces pareció que alguien se encargaba de dirigirnos y guiarnos.

—Yo he rezado una plegaria —dijo Panther—. Quizá El que todo



lo puede se haya hecho cargo de nosotros.

CAPITULO XII

EN una extraña torre, culminada por una esfera, un grupo de hombres del planeta número doce observaba atentamente una refulgente pantalla; mientras, se sucedían las órdenes y los rápidos movimientos.

—¡Derivación dos grados, diez y seis minutos! —dijo el que parecía ser el jefe de aquel laboratorio—. Reduzcan el campo magnético un trece por ciento de su intensidad.

A sus órdenes, los encargados de los distintos aparatos iban actuando. En la pantalla so reflejaba perfectamente el aparato de Alfred y el profesor Panther. El jefe de aquel grupo de hombres volvió a dar una orden.

—Dirijan la astronave a la torre de aterrizaje V-22.

Realizada la maniobra a distancia desde el interior de aquella esfera, la astronave de Alfred y Panther siguió el rumbo marcado.

—Reduzcan el campo magnético al quince por ciento de su potencia —dijo el jefe.

Unos segundos después se perfilaba en el horizonte una inmensa torre de unos setecientos metros de diámetro por quinientos de altura. Poco después, el aparato de Alfred y Panther aterrizaban en la inmensa plataforma.

* * *

—Bueno —dijo Panther—, parece que el buen Dios nos ha conducido a un aterrizaje feliz.

—No diría yo tanto —dijo Alfred—. ¿Se ha fijado usted en el sitio en que hemos aterrizado?

—Si he de decir la verdad —respondió el profesor—, no. Estaba demasiado abstraído contemplando los instrumentos de navegación.

—Estamos en una inmensa plataforma de una extraña torre. Puede usted tener la seguridad, profesor Panther, que esto no es ningún accidente de la Naturaleza. Esta torre la han construido hombres y esos hombres son los que han orientado el mando de nuestra nave.

Los minutos fueron pasando en silencio hasta que el piloto comentó en voz alta:

—Entonces esto es una especie de ratonera.

—Tendremos que salir —dijo Alfred—. No podemos quedarnos aquí toda la vida.

Lentamente se abrió la escotilla del aparato y, tanto Alfred, como el profesor Panther y los miembros de la tripulación, fueron saltando a tierra. Apenas habían puesto pie en el suelo cuando un nutrido grupo de seres se les abalanzó encima.

—¡Vaya un recibimiento poco amable! —exclamó Alfred, mientras disparaba un poderoso puñetazo a la mandíbula del asaltante que tenía más próximo.

Este rodó por tierra al impacto del golpe, pero otro y otro y otro se abalanzaron sobre Alfred, al mismo tiempo que otro grupo lo hacía sobre el profesor Panther y los miembros de la tripulación. Alfred luchaba como un desesperado; sus profundos conocimientos del judo le permitían desembarazarse de enemigos con facilidad, pero eran muchos los que intentaban dominarle, hasta que lo consiguieron por fin. Cuando Alfred fue tumbado en el suelo bajo la presión de sus enemigos, el profesor Panther y los demás miembros de la tripulación estaban ya atados convenientemente.

El jefe del grupo atacante dio orden de atar a Alfred y unos segundos después se detenían unos extraños vehículos a su lado. Como bultos de equipaje, todos los terrestres fueron cargados en estos vehículos que partieron raudamente.

CAPITULO XIII

ROBERT y Katherine habían cambiado la extraña cúpula que les sirvió de ratonera en los primeros momentos, por un edificio do amplias proporciones, aunque construido con extraño material. La vigilancia había también disminuido. En verdad, ¿para qué necesitaban ser vigilados? En aquellos momentos se encontraban paseando por un insignificante jardín, establecido en una especie de invernadero. Hacía tiempo que habían recobrado el control de sus nervios y se dejaban arrastrar por un fatalismo pesimista.

—Salgamos de aquí, jefe —repuso Katherine.

Los dos abrieron la puerta de cristales del invernadero y salieron hacia las amplias avenidas, situadas entre el bloque de edificios en que los habían dejado. En todo lo que alcanzaba la vista no se divisaba ningún ser humano.

—¿Qué podríamos hacer, profesor?

—Creo que no tenemos nada que hacer —respondió Robert.

—Pero permanecer aquí impotentes, mientras se decide el destino de la Humanidad… —protestó Katherine.

—Y ¿qué quiere que hagamos, Katherine? Es inútil luchar. Estamos en relativa libertad, porque no podemos escapar de este planeta. Tenga la seguridad de que nuestro aparato estará fuertemente vigilado.

De pronto, Katherine se quedó con los ojos desorbitados, en un extraordinario gesto de sorpresa.

—¿Qué le sucede? —preguntó Robert.

—Allí… allí —apenas pudo balbucear Katherine.

—Pero reaccione usted —dijo Robert un tanto asustado.

La garganta de Katherine emitió un grito.

—¡Alfred…! ¡Alfred…!

Robert miró en la dirección seguida por la mirada de Katherine y vio que, en efecto, Alfred y el profesor Panther se aproximaban hacia ellos. Por un segundo dudó de lo que estaba viendo, pero Katherine se lanzó a correr hasta salvar los pocos metros que le separaban de Alfred y cayó en sus brazos, mientras gritaba casi histéricamente:

—¡Alfred!…

Alfred la apretó contra sí, convencido de que en aquel momento Katherine expresaba cuanto sinceramente sentía su corazón.

—¡Katherine! —murmuró, haciendo un esfuerzo enorme para contener el tono de su voz.

—No puedo creerlo. No puedo creerlo. Pero, ¿cómo es posible, Dios mío?

—Sí, Katherine. Soy yo y mi acompañante el profesor Panther.

Katherine se volvió hacia éste.

—Perdone, profesor Panther, casi no me había dado cuenta de su presencia.

—No tiene importancia —repuso Panther—. En estos momentos es el corazón el que mira y no los ojos.

Katherine sintió que se le arrebolaban las mejillas.

—No tienes por qué avergonzarte —dijo Alfred tuteándola—. También mi corazón no tenía ojos más que para ti.

—Qué alegría de verte, Alfred, y qué desdicha al mismo tiempo —contestó Katherine.

Robert había llegado hasta el grupo y todos se abrazaron efusivamente.

—Sí —aclaró Alfred—, hemos llegado hasta aquí. Nos hicieron prisioneros. Hemos hablado con un amable anciano y luego nos trajeron aquí. Eso ha sido todo.

—El que nos condujo —intervino Panther— dijo que les encontraríamos a ustedes por aquí. Parece ser que somos los únicos habitantes de esta... llamémosla localidad.

Todos se contaron sus impresiones, las incidencias de su viaje, la confusa situación que reinaba en la Tierra y así fueron pasando las horas, hasta que los habitantes de aquel planeta se acercaron a ellos para avisarles.

—Me envía el Gran Jefe de Elitrón. Quiere advertirles que mañana necesita hablar con ustedes.

—Está bien —repuso Alfred.

—Asimismo les comunica que en sus habitaciones tienen dispuesta la cena.

—Pues yo le haré los honores —aseguró Alfred—. Lo he perdido todo en esta vida, menos el apetito.

Inmediatamente se dirigieron todos hacia el edificio en que habitaban, donde cenaron en silencio, mientras cada uno pensaba qué les depararía el día siguiente y la entrevista con el llamado Gran Jefe de Elitrón. Terminada la cena se despidieron mutuamente para dirigirse a sus dormitorios. Alfred acompañó a Katherine hasta la puerta del suyo. Cuando llegaron aquí se detuvieron un segundo.

—Mira, Katherine —dijo Alfred apenas con un balbuceo—. Quizá no son los momentos para esto, pero quiero decirte... que te quiero. No sé decirlo de otra manera.

—No me gustaría escucharlo de otro modo —sonrió Katherine—

y para una muchacha, cualquier tiempo es bueno para oír lo que acabas de decirme, Alfred.

Alfred se quedó mirándola profundamente, hasta que se volvió de improviso para ocultar su emoción. Ya había comenzado a andar cuando dijo en un tono que procuró ser sereno.

—Hasta mañana, Katherine. Y no temas nada.

Katherine le contestó:

—Ahora temo menos que antes —y se metió en su dormitorio.

* * *

A la mañana siguiente se encontraban todos dispuestos para ir a la reunión con el llamado Gran Jefe de Elitrón. Apenas habían terminado de desayunar cuando se detuvo un vehículo a la puerta de la casa. El jefe del grupo que había aprisionado a Robert descendió y llegó hasta el comedor.

—Buenos días, terrestres —fue su saludo.

Todos contestaron con voz normal. En el fondo no podían odiar a aquellos seres. Las consecuencias de su acto iban a ser terribles para todos los humanos y desde ese punto de vista reprobaban con todo su corazón la actitud de estos hombres. Pero, como había dicho el anciano que habló con Robert, en la partida se jugaban la vida de uno de los dos sistemas. ¿Qué otra cosa podían hacer aquellos desdichados seres?

—¿Quieren ustedes acompañarme? —preguntó el recién llegado.

—Sí, estamos a sus órdenes —dijo Alfred.

Salieron del edificio y se introdujeron en el vehículo que partió al instante. Durante algunos minutos marcharon a gran velocidad, hasta que al salir a un lugar libre de edificios, el vehículo dio un prodigioso brinco y continuó su camino volando. Todos los pasajeros marchaban en silencio. El jefe de la expedición les dirigió la palabra.

—No teman ustedes nada. No pretendemos hacerles daño.

—Le advierto, joven —dijo el profesor Panther—, que dudo que nos puedan hacer más daño del que nos han hecho. Puede usted estar seguro de que ya nada tememos.

El viaje continuó en silencio hasta que descendieron sobre la plataforma en que ya lo hicieron otra vez. Unos segundos después el extraño ascensor descendía hacia el interior de aquel edificio que parecía ser la residencia del anciano jefe. Cuando estuvieron en su presencia, éste los recibió con una sonrisa que apenas podía ocultar su preocupación.

—Les he mandado llamar porque quiero que ustedes estén

presentes en lo que va a suceder dentro de poco. Mi pueblo está a punto de perecer. La operación de bombardear nuestro Sol con el Neuterium ha tenido que precipitarse. Vamos a realizarla dentro de pocos minutos; desde este momento considérense, no nuestros prisioneros, sino ciudadanos de nuestro Sistema, con los mismos derechos, que los demás. Siento profundamente que el imperativo de seguir viviendo nos obligue a condenar a los terrestres a su total destrucción. En cierto modo queremos expiar nuestra culpa rescatándoles a ustedes de la muerte cierta que les hubiera esperado de continuar en su Sistema.

Todos los terrestres escucharon aquellas terribles palabras con los labios cerrados y la mirada apagada y triste.

El anciano continuó:

—Comprendo los sentimientos que les animan a ustedes ahora. Sólo espero que algún día comprendan los nuestros.

Alfred habló en nombre de todos.

—Nada puedo hacer yo por evitarlo; pero sepa usted que no comprará nuestra conciencia con su ofrecimiento.

El anciano hizo un vago gesto de amargura. En aquel momento entró un emisario que le habló en su extraño idioma.

—Bien —continuó el anciano—, ha llegado el momento. Les ruego que me acompañen.

A una orden del anciano se dirigieron todos hacia el exterior del edificio, donde les esperaba una larga comitiva de vehículos. Tanto los terrestres como los demás miembros del séquito del anciano se instalaron en los mismos, y a una orden del jefe de la expedición, arrancaron lentamente, para ir elevándose en el cielo, donde se incrementó la velocidad hasta límites insospechados. Todos los terrestres habían sido alojados en la nave que llevaba al anciano. Alfred lo observaba detenidamente. Parecía profundamente preocupado. Durante todo el camino no dijo ni una palabra, ni levantó los ojos del suelo donde los tenía fijos. Después de algunos minutos de vuelo, Alfred se percató de que el aparato estaba picando en dirección al suelo. Poco después aterrizaba al pie de una elevada montaña. Cuando descendieron del aparato, Alfred pudo darse cuenta que los demás vehículos de la comitiva habían hecho, asimismo, el aterrizaje. Alfred miró con más detenimiento la montaña y vio que no se trataba de una montaña natural, sino más bien de una inmensa pirámide truncada, construida con un material parecido al cristal. Por una de las laderas de la pirámide se deslizaba una inmensa escalera mecánica que llegaba desde la cima hasta el suelo. El anciano miró en derredor suyo como para

percatarse de que todo estaba en orden, y con un leve signo de su mano la comitiva se dirigió hacia el pie de la escalera. Una vez allí, Alfred pudo darse cuenta de que se trataba de una escalera mecánica con cómodos asientos. El anciano se sentó en el primero y ordenó que los terrestres subieran en los siguientes. Cuando ya estuvieron todos colocados, la escalera mecánica se puso en marcha y lentamente ascendió hasta la cima de aquella pirámide truncada. La parte superior de la pirámide era una gran explanada, de unos treinta mil metros cuadrados. Alfred y los demás pusieron pie en ella con un ligero escalofrío de emoción. El anciano fue recibido por un grupo de hombres en cuyas trazas se adivinaba una mezcla de militares y sabios. Con pausado ademán se dirigieron todos hacia una tribuna en la que tomaron asiento.

El profesor Robert se volvió hacia el profesor Panther. En el centro de la explanada se vio un extraño aparato.

En el centro do la explanada se vio un extraño aparato.

—Juraría que es un cañón gemelo al construido por nosotros para el bombardeo del Sol.

—Sí, puede usted tener la seguridad de ello —dijo Panther—. Lo reconocería aun durmiendo.

—Es nuestro modelo ligeramente modificado.

Por otra de las caras laterales subió otro grupo de hombres que desembocó en la gran llanura de la cima. Rápidamente un vehículo terrestre se aproximó a ellos; se trataba de una especie de grúa eléctrica que cogió con sus largas pinzas una pequeña caja cúbica de unos diez centímetros de diámetro. Luego, dando un giro de ciento ochenta grados sobre su eje, la depositó sobre una plataforma mecánica que se dirigió en línea recta hacia el pie del cañón que estaba en el centro de la plataforma.

—¡Lo reconozco, lo reconozco…! —dijo Panther—. Es el estuche del Neuterium.

—Sí —dijo Robert con voz desalentada.

Alfred se puso en pie con instintivo gesto de lucha. El anciano lo miró con gesto apacible.

—Siéntese, teniente Dawson. Las cosas son ya inevitables.

Uno de los hombres que maniobraban al pie del cañón cayó de rodillas con un aparente gesto de dolor. El anciano miró con profunda preocupación aquello. Poco después este hombre caía al suelo inerte, mientras otros dos lo cubrían con una especie de túnica. El anciano dio una orden a uno de sus ayudantes.

—Es preciso que aceleren la operación.

Este transmitió la orden a las servidores del cañón. Otro de sus

ayudantes se acercó.

—Señor, el metastámetro ha subido dos rayas más.

El anciano ordenó seguidamente:

—Que aumenten once grados de temperatura para todo el sistema de Elitrón.

—Es imposible, señor —dijo éste—. Sólo tenemos una energía de reserva de seis grados universales.

—Está bien —dijo el anciano— aumenten seis grados la temperatura.

Alfred y sus amigos escuchaban esta conversación asombrados y sin poder deducir nada en concreto. Al pie del cañón se seguían las maniobras necesarias para sacar el Neuterium de su estuche y colocarlo en el cañón. Ya lo habían conseguido y las órdenes para el disparo comenzaban a darse a ritmo acelerado.

—¡Derivación dos grados coma cero de la escala de Avno! —dijo el que parecía dirigir la operación.

Los que servían el cañón lo hicieron variar unos grados, al parecer obedeciendo la orden dada anteriormente.

—Potencial eléctrico-dinámico al máximo.

—Potencial eléctrico-dinámico al máximo —contestó el encargado de este servicio.

—¡Preparados para el disparo! —continuó el jefe.

Alfred y sus amigos no podían ocultar ya su excitación.

—Espero que mis ojos no vean ya muchas cosas más después de esto —dijo el profesor Panther.

Un pequeño vehículo se aproximó a la tribuna en que estaban colocados todos. El anciano jefe se levantó majestuosamente y descendió por la pequeña escalera. Un segundo después montaba en el automóvil y partía en dirección al cañón que estaba preparado.

—Se ve que va a realizar el disparo —comentó Katherine.

—Sí —dijo Alfred mientras estrechaba una mano de Katherine para infundirle aliento—. Creo que estamos llegando al principio del fin. Un leve acto de eso hombre para pulsar el botón de disparo y nuestra Humanidad habrá sido condenada a una próxima muerte.

El profesor Panther se volvió de espaldas a la escena.

—No. No quiero, ni puedo verlo —dijo.

El anciano de larga cabellera blanca había llegado al pie del cañón y, con gesto majestuoso, descendió del vehículo. Luego, se encaminó lentamente hacia el tablero de mandos para efectuar el disparo. Sus pasos fueron interrumpidos por una momentánea vacilación, después se recobró, irguió la cabeza y siguió avanzando bajo la mirada expectante de los centenares de hombres,

gobernantes y militares, sabios y especialistas, que estaban presentes. Cuando llegó a la altura del cuadro de mandos vaciló un instante; luego, volvió su cabeza y dirigió una última mirada a los terrestres que estaban clavados a sus asientos, en la tribuna. Por último miró el cuadro de mandos y se dispuso a pulsar el botón que servía de disparador. Ya alargaba su brazo cuando se detuvo con un gesto de dolor en el rostro. Todas lo observaron con extremada atención. Luego, fue doblando lentamente las rodillas hasta caer en el suelo. Varios de las ayudantes que estaban próximos acudieron solícitos a su lado; durante unos segundos intentaron ayudarle a ponerse en pie, más sin conseguirlo. Lentamente, el anciano fue perdiendo sus fuerzas y cayó al suelo. Los que le rodeaban evitaron que sufriera un brusco impacto y le depositaron en el suelo firme, con un gesto de extremada reverencia al mismo tiempo que de una gran preocupación.

—¿Qué es lo que sucede ahí? —preguntó Alfred.

—No lo sé —dijo Robert.

El profesor Panther se volvió para observar lo que decían sus amigos.

—Es curioso —comentó sorprendido—. ¿Qué le habrá ocurrido a ese anciano?

De pronto, algo insólito comenzó a suceder. Todos los allí presentes, excepto los terrestres, comenzaron a vacilar sobre sus pies, cayendo lentamente al suelo, hasta que en pocos segundos quedaban exánimes y como sin vida.

Alfred y sus amigos miraban entre fascinados y aterrorizados aquella escena. Alfred saltó de la tribuna ágilmente y se dirigió corriendo hacia el lugar donde estaba el anciano. Cuando llegó allí jadeante se arrodilló al lado de éste. El anciano todavía conservaba débiles vestigios de vida. Alfred le dio la vuelta y apoyó la cabeza entre sus manos. El anciano abrió los ojos débilmente.

—¿Qué le sucede? — preguntó Alfred.

El anciano intentó hablar, más sin conseguirlo.

Luego, a duras penas pudo levantar el brazo y señalar el cuadro de mandos, desde el cual iba a efectuarse el disparo. Alfred volvió a preguntar:

—¡Dígame!... ¿Qué quiere decirme?

El anciano movió los labios en un intento de articular algunas palabras, mas sin éxito. Un segundo después, su cabeza se hundía sobre el pecho en un gesto inequívoco de que había dejado de existir.

Alfred se levantó y recorrió con una mirada todo el ámbito de

aquélla plataforma. No quedaba en pie ni uno solo de los seres de Elitrón que asistían al acto. Todos yacían en el suelo en las actitudes más diversas. En aquel instante llegó Robert, al cual seguían a pora distancia Katherine y Panther.

—Alfred, ¿qué es esto?

Alfred se quedó pensativo.

—No puedo explicarlo —dijo éste—. Parece como si todos hubieran sido atacados por una virulenta enfermedad.

El profesor Panther, que llegaba en aquel momento, dio una orden.

—¡Vámonos de aquí! Es preciso que abandonemos inmediatamente este lugar.

—Pero yo quisiera —dijo Robert— llegar a una conclusión.

—Tiene razón el profesor Panther —intervino Alfred—. No es el momento para determinar. Podría ser algún virus desconocido que ronda por este lugar.

—Los cuatro seres se encaminaron corriendo hasta el borde de aquella superficie, en busca de una de las escaleras laterales que pudieran conducirles al pie de la pirámide. Cuando llegaron a una de estas escaleras, vieron que su movimiento era el contrario al necesario, es decir, que la dirección seguida era de abajo arriba. Con gran desesperación se dirigieron hacia otra de las caras laterales donde obtuvieron el mismo resultado.

—Es preciso no desmayar —dijo Alfred—. Quizá con la otra tengamos más suerte.

Rápidamente se encaminaron hacia la tercera escalera y vieron con agradable sorpresa que ésta era una de las utilizadas para descender.

—¿Cómo vamos a conseguir meternos ahí dentro? —el profesor Panther.

—No hay más que un sistema —dijo Alfred—. Es preciso saltar.

—Bueno, pero... —quiso continuar Panther.

—No hay otro remedio, profesor —dijo Alfred—. No podemos permanecer aquí ni un segundo más.

Robert corroboró la opinión de Alfred. Los distintos asientos de transportes se iban sucediendo como en una gran noria. De pronto, Robert dijo:

—Ha llegado el momento de saltar.

Y sin mayor vacilación se lanzó sobre uno de los asientos que en aquel momento pasaba a la altura de los cuatro terrestres. Inmediatamente lo hizo el profesor Panther, cayendo al lado de Robert, sin mayores consecuencias que alguna que otra

magulladura. Katherine miró a los ojos de Alfred.

—Estoy muy nerviosa. No voy a poder… Me caeré.

—Katherine, es preciso que reacciones. El salto no es difícil. La velocidad de esos transportes es muy pequeña. Piénsalo bien y serénate.

Katherine hizo un esfuerzo.

— ¡No voy a poder!… ¡No voy a poder, Alfred!

Alfred no lo pensó ni un solo segundo. Sin darle tiempo a defenderse la arrebató con sus poderosos brazos del suelo y la dejó caer en uno de aquellos transportes que se encontraba ya a unos dos metros por debajo del plano que ocupaban los dos terrestres.

Katherine apenas pudo contener un grito y cayó sobre uno de estos transportes. Alfred miró angustiado y pudo observar que no había tenido graves consecuencias tan aparatoso salto. Unos segundos después, Alfred saltaba sobre uno de estos transportes, y ya el descenso de la pirámide fue fácil.

Reunidos todos en el suelo firme se miraron desconcertados.

—Bien, hemos conseguido descender —dijo el profesor Panther —. Pero ¿qué hacemos ahora?

—Si al menos supiéramos —contestó Alfred— donde se encuentra nuestro aparato…

—Yo no tengo ni la menor idea —dijo Robert— de donde nos encontramos.

Los cuatro terrestres comenzaron a alejarse de aquella pirámide, sin seguir una dirección determinada. Habrían andado como unos cuatro Kilómetros cuando Alfred divisó una pequeña ciudad a lo lejos.

—Mira, Robert. Parece que estarnos cerca de un poblado.

—Quizá sea lo mejor dirigirnos allí —dijo Katherine.

—Sí —contestó Panther—. Después de todo no podemos escapar de este planeta.

En pocos minutos llegaron al poblado. Apenas se habían introducido por las primeras avenidas cuando el más vivo asombro se reflejó en sus ojos. Por las calles, a través de las ventanas o de las paredes de cristal, podía verse una escena dantesca. Todos los habitantes de aquel poblado yacían en el suelo en las posiciones más inesperadas, como si hubieran sido sorprendidos por la muerte en la realización de un hecho cotidiano cualquiera.

—Todo esto es horrible —dijo Katherine.

—No comprendo como puede haber sucedido —contestó Robert.

La pequeña ciudad fue recorrida por los cuatro terrestres, sin que pudieran encontrar ni un solo ser vivo. El profesor Panther tuvo

una idea.

—¡Pronto!... ¡Tomen ustedes esto! —dijo mientras sacaba de su bolsillo un pequeño tubo de platino y plomo.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó Alfred.

—No tengo tiempo de explicarles —dijo Panther—. Tómenselo. Corremos un gran peligro.

Los cuatro terrestres ingirieron una pequeña píldora de aspecto metálico.

—Ahora es preciso que nos apartemos de aquí. Es preciso que encontremos nuestra astronave.

—Pero ¿en qué dirección hemos de buscarla? —preguntó Katherine.

—Sí. Ese es el problema —respondió Alfred—. ¿En qué dirección? ¿Dónde estamos?

Durante varias horas continuaron su camino en una dirección cualquiera. A su paso encontraban algunos seres tumbados de cualquier manera y muertos. Parecía como si en todo el planeta no existiera el menor vestigio de vida. Ya anochecía y el desaliento iba cundiendo entre los terrestres. En verdad que era aquélla una situación insólita. Millones y millones de kilómetros alejados de la Tierra, o de cualquier otro planeta del sistema solar, y en el que se encontraban reinaba la muerte por todas partes.

—En verdad —dijo el profesor Panther— que casi echo de menos a nuestros aprehensores. Creí que nuestra situación no podía ser peor de lo que era, pero ahora me convenzo de lo contrario.

—No hay que desesperar —dijo Alfred—. Es preciso que hallemos una solución y la encontraremos. Yo creo —continuó— que no nos podemos encontrar muy lejos del lugar donde aterrizó nuestro aparato. Aunque el vehículo que utilizamos para ser transportados al cuartel general de estos seres era muy veloz, empleó muy pocos minutos en hacer su recorrido.

—Sí. Esto es cierto —dijo Robert—; pero aun así muy bien puede encontrarse nuestro aparato a dos, tres o cuatrocientos kilómetros de distancia.

—Si al menos supiéramos en la dirección en que estamos —dijo Alfred.

—Eso es lo peor —dijo Robert—. Quizá estarnos andando en dirección contraria.

Aquellas palabras acentuaron el pesimismo de todos, mas aun así siguieron andando rectilíneamente con una débil esperanza en el fondo de su corazón. De pronto, Alfred se dio una palmada en la frente.

—¡Robert! ¡Robert!

—Alfred, ¿qué te sucede?

—No, no me sucede nada... ¿Llevas ahí tu teleradar de pulsera?

—Sí, aquí lo tengo —dijo Robert.

—Entonces, podemos utilizarlo.

—No, Alfred. Este teleradar no tiene suficiente potencia como para comunicar con nuestra base en la Tierra o en cualquier otro planeta de nuestro sistema.

—No. No es eso —dijo Alfred—; para intentar comunicar con la tripulación de nuestro avión.

— ¡Es cierto! —dijo Panther, con una expresión de gozo—. No habíamos pensado en ello.

—Bien. Podemos intentarlo —dijo Katherine—. ¿No le parece, jefe?

—Sí. No tenemos otra solución; pero dudo que esto nos conduzca a nada. No sabemos donde están nuestros tripulantes. Quizá se encuentren tan desorientados como nosotros en el lugar de su residencia.

De todos modos, Robert puso en marcha su teleradar de pulsera y lanzó la señal de comunicación en períodos constantes. Los minutos fueron pasando, parecía que el intento no iba a tener resultado alguno.

Ya desesperaba de conseguirlo, cuando de pronto surgió la respuesta por mediación del teleradar.

—Parece que lo hemos conseguido —dijo Robert—. ¡Quiero comunicar con el comandante de la tripulación!

Inmediatamente se escuchaba la respuesta.

—Comandante Gustaffson al habla.

— ¡Aquí, el profesor Robert...! ¡Aquí, el profesor Robert!

—¿Dónde se encuentra, jefe?

Robert contestó:

—No sé donde me hallo. ¿Cómo están ustedes?

—Estamos bien, jefe. Nos encontramos en nuestro aparato.

—¿Pueden ustedes localizarnos por medio de la señal magnética del tele-radar de pulsera?

—Sí, jefe. No deje de transmitir la señal y lo conseguiremos fácilmente.

Todos se sentaron en el suelo del descampado donde se encontraban y miraron con ojos angustiados aquel pequeño instrumento que podía resolverles tan grave situación.

Los minutos fueron pasando y Robert lanzó la señal magnética sin cesar un segundo. Al cabo de algún tiempo pudo divisarse en

lontananza el aparato que tripulaba el comandante Gustaffson. Pocos minutos después aterrizaba en las proximidades del sitio ocupado por los terrestres. Con paso rápido se dirigieron todos hacia el aparato y, cuando llegaron a él, las escotillas estaban abiertas para darles paso.

—¡Suban pronto!... —dijo el profesor Panther—. ¡Suban pronto!

Todos obedecieron rápidamente la orden y, unos segundos después, el aparato despegaba entre el júbilo de todos.

—¿Puede saberse lo que ha sucedido? —preguntó el comandante Gustaffson.

—No. Yo mismo no sabría explicarlo —dijo Robert—. ¿Y ustedes?

—Nosotros estábamos precisamente al lado de nuestro aparato —dijo el comandante Gustaffson—. Habíamos venido con algunos de los extraños habitantes de este planeta al objeto de ponerlo en marcha y llevarlo hacia una base por ellos prevista. Estábamos intentando despegar cuando, de pronto, nuestros acompañantes parece que empezaron a sentirse enfermos y en pocos segundos quedaron muertos.

—Y ¿qué ha sido de ellos? —preguntó Robert.

—Están en una de las cabinas —dijo el comandante Gustaffson —. Aprovechamos este momento para despegar o intentar buscarles a ustedes para evadirnos de este endiablado planeta.

Alfred se dirigió a la cabina donde el comandante Gustaffson decía haber encerrado a los cadáveres de los seres de aquel planeta. En el suelo yacían cinco hombres, pero esta vez no eran hombres en el sentido total de la palabra, sino cinco extraordinarias estatuas de plata, semejantes a las encontradas por Alfred en las orillas del lago Michigan y luego en las habitaciones del profesor Robert en el planeta Mercurio. Rápidamente dio la vuelta y se reunió con sus compañeros en la cabina de pilotaje del «Estrella Fugaz».

—Creo que estamos al borde de desentrañar el secreto de las estatuas de plata —dijo Alfred.

—¿Cuántos cadáveres dejó usted en la cabina? —preguntó el comandante Gustaffson.

—Cinco, teniente Dawson.

—Entonces, no cabe duda. Esos cinco hombres se han convertido en estatuas.

—¿Cómo? —fue la asombrada respuesta del comandante Gustaffson.

—Así es. Puede usted comprobarlo.

En unos segundos el comandante fue a la cabina y volvió

extraordinariamente sorprendido.

—Es cierto. Los reconozco. Son sus mismos rasgos, su estatura, sus gestos, sus ademanes. Son ellos, no cabe la menor duda.

—Y eso ¿cómo es posible? —preguntó Katherine.

Entonces el profesor Panther tomó la palabra.

—En primer lugar, usted, comandante Gustaffson, y todos los miembros de su tripulación tienen que tomarse esto.

Y sacando del bolsillo el tubo de platino les dio una pequeña cápsula, como la que había obligado a tomar a sus compañeros una hora antes.

—Pero esto ¿para qué es?

—Tómeselo y no discuta ahora. Luego se enterará de todo.

El comandante Gustaffson tomó una de aquellas cápsulas y luego recorrió las distintas dependencias, haciendo entrega de una de ellas a cada uno de los miembros de su tripulación.

Luego, reunidos todos otra vez en la cabina de pilotaje, el profesor Panther tomó la palabra.

—Creo que tengo la clave del enigma de las estatuas de plata —dijo.

—Yo creo tenerla también —dijo el profesor Robert—. Hasta ahora no había visto claro.

—Bueno, me tienen ustedes intrigado —repuso Alfred—. ¿Puedo saber ya de una vez en qué consiste este enigma?

El profesor Panther adoptó un ligero tono doctoral y continuó:

—Mire usted, teniente Dawson. Como usted sabe, en la Naturaleza hay una serie de elementos, o sea, de partes fundamentales constitutivas de la materia. Durante muchos años, en épocas primitivas de nuestra civilización, se consideró la existencia de noventa y seis elementos. Luego, pudo descubrirse algunos más hasta formar la serie de ciento nueve elementos que son las partes fundamentales que constituyen toda materia posible en el Universo. Do todos estos elementos, la plata es el que podríamos calificar como elemento intermedio, además se halla aproximadamente en la posición media de la serie. De estos ciento nueve elementos, la plata es el más estable. Como usted sabe, teniente Dawson, todos elementos están constituidos por núcleos atómicos, de específicas características; no quiero entrar ahora en detalles que quizá le dificultaran la comprensión.

Alfred asintió con una sonrisa. —Parece ser como si en el principio del tiempo, de un fluido do energía universal se fueran produciendo pequeñas condensaciones hasta constituir los núcleos de los átomos de cada uno de estos elementos, pero sólo los núcleos

de átomos de plata son estables, es decir que los otros, los de los demás elementos, son de una gran inestabilidad. Nosotros —aclaró el profesor Panther— le llamamos a eso de otra manera, o sea, decimos que son núcleos en estado metastable. Estos núcleos tienden, los más ligeros que la plata, a agruparse entre sí para formar plata y los más pesados que la plata a desintegrarse hasta convertirse en átomos de plata. El equilibrio de estos átomos es una de las maravillas de la Naturaleza en nuestro sistema solar y en casi toda la composición galáctica del Universo. Pero, según parece, en este planeta, quizá en todo el sistema de Elitrón, la especial circunstancia porque atraviesa su sol ha determinado que ese equilibrio se rompa, de forma que los elementos más livianos han pasado a agruparse para convertirse en plata y los elementos más pesados empiezan a desintegrarse para convertirse, asimismo en plata. La cápsula que yo les he dado es precisamente una carga antiradiactiva, porque en este proceso en que los elementos se convierten en plata hay una enorme liberación de energía. Por tanto, estamos en un ambiente profundamente cargado de radioactividad.

»Tan es así, que apenas disponemos de dos horas para alejarnos de este planeta, de lo contrario, pasados los efectos de la cápsula que hemos tomado, moriremos en pocos segundos como consecuencia de la enorme cantidad de radiactividad que nos envuelve.

Alfred quedó unos segundos en suspenso, asombrado por cuanto le había dicho el profesor Panther. Luego reaccionó enérgicamente:

—Es preciso recuperar el Neuterium. No podemos perder el tiempo.

Bajo la dirección de Robert el aparato tomó la orientación precisa para dirigirse a la pirámide. En pocos minutos llegó al lugar deseado y aterrizó. Todo estaba igual que unas horas antes. Descendieron y se precipitaron hacia el cañón. Robert y Panther observaron atentamente antes de decidirse a obrar.

—Sí —contestó Robert en voz alta—, es del mismo modelo que el nuestro.

—Entonces será fácil sacar el proyectil de la recámara —dijo Panther.

—Pero es demasiado pesado para nuestras fuerzas —comentó Robert.

—Un momento —intervino Alfred.

Con rápido paso so dirigió hacia el lugar donde fue dejada la grúa de que se sirvieron los hombres de aquel planeta para

transportar el Neuterium. Un minuto después había conseguido ponerla en marcha, y aproximarla al monumental cañón. Por último, consiguieron sacar el Neuterium y depositarlo en el aparato.

—Podemos irnos— concluyó Alfred.

—Un momento —cortó Robert—. Los cinco seres que llevamos en nuestro aparato han de quedarse aquí. Creo que sus restos deben reposar junto a los de su desdichado pueblo.

Todos los hombres se dedicaron a la piadosa pero pesada tarea. Por fin depositaron las cinco estatuas junto a las de sus semejantes y se dispusieron a emprender el vuelo hacia Mercurio.

Alfred echó una última ojeada al lugar. Los centenares de seres que pocas horas antes constituían un animado conjunto de vida y energía habían sufrido ya su total y extraña metamorfosis. En las más variadas posiciones yacían en el suelo convertidos en estatuas de plata, pálidamente refulgentes bajo los suaves rayos del débil sol de aquel planeta. Era todo como una asombrosa pesadilla, mezcla de horror y de melancolía.

—Vámonos —apremió el profesor Panther.

El aparato emprendió el vuelo.

—¡Miren, miren! —exclamó Katherine—. ¡La plata lo invade todo!

Todos miraron el paisaje que se deslizaba bajo el aparato terrestre.

Los campos, los árboles, las casas, las montañas, los ríos y los mares se habían convertido en brillante y purísima plata. Aquello parecía más bien un sueño de hadas que una realidad. En algunos sitios las olas encrespadas del mar o las sinuosas curvas de los ríos habían detenido en una impronta indeleble su movimiento para convertirse en un ondulado y sólido océano de plata. El espectáculo que se ofrecía a los ocupantes del «Estrella Fugaz» era fantástico. Las ciudades, desparramadas a lo largo del paisaje, las altas montañas y los bosques que momentos antes extendían su rumoroso verdor sobre la superficie de aquellas tierras, veíanse ahora, iluminados débilmente por la luz crepuscular, sin vida, rígidos en su maravillosa estructura de plata y envueltos en un hálito de muerte y desolación.

El profesor Panther reaccionó él primero.

—Sí. Parece que el proceso de desmetastabilización está llegando a su término. Creo que no tardará la atmósfera de este planeta en llegar a la misma situación.

—Es preciso —dijo Alfred— que intentemos salir de esta atmósfera en el más breve espacio de tiempo posible.

El comandante Gustaffson dio una orden a la sala, de máquinas:

—Motores a toda marcha… ¡Velocidad máxima!

El «Estrella Fugaz» dio un poderoso salto y se dirigió hacia Mercurio a doscientos mil kilómetros por segundo.

Una hora después, el comandante Gustaffson dio una magnífica noticia.

—En este momento hemos dejado el campo gravitatorio del planeta doce de Elitrón. Estamos libres.

—Intente comunicar con nuestra base en Mercurio —ordenó Robert.

Pocos segundos después la voz del general Widmark llegaba a los oídos de todos como envuelta en una música celestial.

—¿Qué ha sucedido, Robert? ¿Dónde están?

—Vamos en dirección a casa —dijo Robert—. Llegaremos dentro de poco.

—Pero ¿qué les ha sucedido?

—Todo se lo explicaremos luego, general.

Las horas se hicieron interminables por la impaciencia; por fin el piloto pudo comunicar:

—¡Prepárense para el aterrizaje!

Poco después aterrizaban en la base de Mercurio.

Una inmensa multitud de sabios, militares, técnicos y demás personal de la base los recibió entusiásticamente. Casi transportados en volandas llegaron a la sede del Estado Mayor Supremo.

Ya en la quietud do la amplia sala de conferencias, los recién llegados hicieron, ante el silencio expectante de todo el Estado Mayor, un detallado relato de su extraordinaria aventura.

—¡Verdaderamente asombroso! —fue el epilogo del general Widmark.

—Afortunadamente hemos conseguido rescatar el Neuterium sin que siguiera el mismo proceso de desmetastabilización —comentó el profesor Motta.

—No es extraño —contestó Robert—. Las condiciones físicas de todos los materiales de nuestro sistema, incluso nosotros mismos —añadió con significativa sonrisa— son distintas. Probablemente el procedimiento de calefacción atómica empleado por esos desdichados seres para compensar la débil cantidad de energía que les proporcionaba su moribunda estrella solar, ha sido la causa de una modificación esencial, fraguada a lo largo de muchos años, en el equilibrio metastable de sus átomos.

La mayor parte de los sabios allí reunidos coincidieron en la tesis de Robert.

Poco tiempo después se daba por terminada aquella extraordinaria reunión.

* * *

Al día siguiente, en la gran sala de recepciones del Cuartel General, se celebraba una brillante fiesta en honor de los que la prensa de todo el sistema solar llamaba los héroes del Neuterium.

De entre los numerosos concurrentes que bailaban o brindaban llenos de euforia se destacó una pareja que, deslizándose entre las mesas, salió al jardín por una puerta lateral.

—Al fin hemos podido escapar —dijo Katherine con un suspiro.

—Aquí se está mucho mejor —respondió Alfred.

Los dos se quedaron mirando al cielo, en silencio, mientras Alfred rodeaba dulcemente con su brazo la cintura de Katherine.

—¿Ves aquel débil resplandor que hay en la dirección Noreste, Alfred? Pues aquello es el sistema de Elitrón.

Alfred miró con cierta melancolía. Luego exclamó:

—Espero que la felicidad de tenerte a mi lado para siempre me lo hará olvidar, cariño.

Diez días después de la fiesta dada en el Cuartel General de Mercurio, Alfred volvía a atravesar las dependencias de la Jefatura Suprema para la Seguridad Civil hasta alcanzar el despacho del jefe.

El secretario, que lo esperaba con una amable sonrisa en los labios, lo hizo pasar.

Alfred avanzó hasta situarse ante el Jefe supremo, que lo recibió con un efusivo apretón de manos.

—¿Cómo está usted, capitán Dawson? —preguntó el jefe, sorprendiendo a Alfred con la noticia de su ascenso.

—A sus órdenes, señor.

Los dos hombres tomaron asiento.

—Siento haber retrasado su viaje de bodas, capitán Dawson. Pero era preciso que cerráramos el expediente del lago Michigan.

—Vengo de allí. Los sondeos del lago han dado por resultado el encuentro do un extraño aparato en forma de proyectil.

—¿Y cree usted que es el aparato que sirvió de transporte a los hombres de Elitrón?

—No me cabe la menor duda. Aunque he ordenado su transporte para un estudio más detenido del mismo, me ha bastado una simple inspección ocular para percatarme de lo que digo. Quizás encontremos otros vehículos de ese tipo, pues uno de los lugares de aterrizaje de los comandos de Elitrón que operaban en la Tierra, debió ser el lago Michigan. Tanto la extensión del mismo como la

posibilidad de ocultar bajo sus aguas estas naves interplanetarias, lo presentan como un lugar ideal de aterrizaje.

—Creo que tiene usted razón, capitán Dawson. Pero he decidido relevarle a usted de la pesquisa de esos detalles accesorios. Creo que se ha ganado usted el viaje de bodas, capitán. Por mi parte, le informaré de que la autopsia del cadáver encontrado en las orillas del lago revela que el hombre murió por paralización del corazón debida a causas extrañas.

—Seguramente —contestó Alfred— este pobre ciudadano debió hallarse presente en el momento del aterrizaje de una de estas astronaves. Descubierto por los hombres de Elitrón se deshicieron de él para evitar que diera la alarma.

—Eso completa el círculo de este enigma —dijo el jefe supremo mientras so ponía de pie—. Los demás detalles los transmitirá el capitán Chuc. Y nada más, amigo Dawson. Cuando regrese de su viaje do bodas se incorporará definitivamente a la Operación Vida —concluyó el Jefe supremo, mientras estrechaba efusivamente la mano de Alfred en señal de despedida.

Alfred se dirigió hacia la calle. Sentía como si le hubieran quitado un gran peso de encima. Había terminado aquel asunto. Con la velocidad de un relámpago pasaron por su mente las dramáticas escenas que había vivido en los últimos tiempos. Junto con la alegría de haber colaborado a resolver el gran problema que tenía planteado la Humanidad, se mezclaba un poco de tristeza en recuerdo de aquellos seres que habían luchado desesperadamente por subsistir, que habían mostrado su audacia y luchado en las más terribles condiciones, al borde siempre de la muerte y jalonando su ruta con las víctimas de aquella extraña muerte metálica, que precipitaba toda su esperanza y su afán de vivir hacia aquellas estatuas de plata en que se transformaban los desdichados seres del sistema de Elitrón.

Cuando salió a la calle se dirigió hacia el vehículo en que lo esperaba Katherine.

—¿Ya terminó todo?

—Sí —respondió Alfred—; al menos, mi participación en el asunto.

—Ahora es preciso que nos olvidemos de cuanto ha sucedido.

—Creo que no me será difícil —replicó Alfred, mientras miraba con una sonrisa los ojos profundos de Katherine.

Katherine respondió en un centelleo de ternura en la mirada y puso en marcha el vehículo.

Poco después, aquellos dos seres salían raudamente en busca de

su destino, que se presentaba feliz bajo los auspicios de su sincero amor.

FIN

COLECCION
LUCHADORES DEL ESPACIO

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

Vernon Pick fue un norteamericano que sin más equipo que su tenacidad y su contador «Geiger» descubrió un yacimiento de uranio que le produjo 10 millones de dólares.

Con este pensamiento fijo en su infantil imaginación y en la esperanza de emular a Vernon Pick, cuatro muchachos indios robaron una noche un contador «Geiger» y se internaron en el desierto en busca de uranio

Pero lo que su detector les llevó a descubrir no fue precisamente un yacimiento de uranio sino... ¡un platillo volante!

Con este pintoresco arranque y con el título de:

EXTRAÑO VISITANTE

ha escrito George H. White una de las novelas más amenas y sugestivas de cuantas han salido de su prodigiosa pluma

EXTRAÑO VISITANTE

aparecerá en el próximo número de esta Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **5** *pesetas.*